

Audiolibro En Busca Del Gran Kan V
Blasco Ib Ez Primera Parte Cap Tulos
Iv V Vi

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Shirley Green (Auburndale)** - - - - Capítulo Cuarto.- De cómo el amor se fue abriendo paso a través de la geografía delirante. Al volver los reyes a Córdoba, Maestre Cristóbal visitó con menos frecuencia la casa del doctor. Todo su tiempo lo dedicaba a procurarse entrevistas con los personajes de la movediza corte, valiéndose de las recomendaciones que recibía de fuera, así como del interés que sabía inspirar a unos, y para que lo presentasen a otros. Los escribanos de los reyes, al nombrarle por primera vez en sus documentos, le llamaban Colomo, luego Colom y finalmente Colón. Este error nada tenía de extraordinario. Colomo y Colom eran apellidos españoles, abundantes en Aragón y Castilla. No menos frecuente era el apellido Colón, llevándolo algunas veces judíos «conversos». Hombre tenaz, de una actividad incansable para la consecución de sus fines, le bastaron pocas semanas para conocer a todos los personajes de la corte más influyentes con los monarcas. Conseguía ser recibido por el cardenal Mendoza, «el tercer rey de España», y este prelado, hábil en los negocios de la política y de la Iglesia, escuchaba como un neófito las cosas maravillosas que iba diciendo aquel desconocido, basándose en la cosmografía y otras ciencias, completamente ignoradas por el prócer eclesiástico. Igual éxito obtenía en casa del Contador Mayor, Alfonso de Quintanilla, cuyo cargo era semejante al de un moderno ministro de Hacienda, y cerca de Cabrero, camarero íntimo del rey don Fernando. Fray Diego de Deza, religioso de gran bondad, y maestro del príncipe don Juan, heredero de la corona, mostrábase aficionado a los planes maravillosos de éste navegante, presentándolo a la marquesa de Moya y otras damas amigas de la reina Isabel. Contaba además con la amistad cada vez más íntima de Luis de Santángel, judío «converso» de Valencia, pariente de aquel Santángel de Zaragoza perseguido por el asesinato del inquisidor Pedro de Arbués. El caballero Santángel de la corte era «escribano de ración» del rey don Fernando, cargo equivalente al de secretario de Estado. Él y otro funcionario del rey llamado Rafael Sánchez, también judío de origen, mostrábase interesados por la parte comercial de dicha empresa. El oro asiático del Extremo Oriente, y más aún las especias, tan buscadas en los mercados de Europa, era lo que veían al final de este arriesgado viaje. De las dos caras que ofrecía el espíritu de Colón, sólo veían ellos la del negocio y la ganancia, deseando para sus reyes una empresa tan fructuosa. Los demás personajes, eclesiásticos y laicos, no apreciaban menos que ellos la conquista de una parte de las riquezas amontonadas por el Gran Kan; pero con una dualidad propia de su época, unían a esto el interés religioso, la cristianización de aquellos pueblos que, según tradiciones europeas, hacía siglos deseaban recibir la doctrina de Jesús, pero no habían conseguido aún ponerse en relación directa con el Santo Padre a causa de las dificultades que oponían las enormes distancias y los peligros de un viaje por tierra. Colón les hablaba a todos repitiendo lo que había leído en los libros de Marco Polo y Mandeville o lo que conocía de oídas por los relatos más breves de viajeros posteriores. Describía la isla de Cipango, los palacios de su rey, todos cubiertos de una costra de oro que tenía un espesor igual al de una moneda de dos reales. Las perlas eran pescadas en sus costas con tal abundancia, que se acarreaban en banastas. Enormes piedras preciosas recamaban los trajes de las gentes de aquel país, como el menudo aljófár adornaba los vestidos de las damas españolas. En tierra firme estaba el reino de Catay, gobernado por el Gran Kan, que en buen romance significaba rey de los reyes. Allí, la ciudad de Cambalú, rigurosamente cuadrada, con varias leguas de frente por cada uno de sus costados; millones de habitantes y alcázares de una opulencia nunca vista. Centenares de caravanas llegaban a ella todos los días, trayendo los más ricos géneros de todo el Oriente. Pero aún era mayor Quisay, especie de Venecia china, con doce mil puentes de mármol, tan altos, que por debajo de sus arcos podían pasar los más grandes navíos,

y cuatro mil baños públicos, a más de numerosos bazares inmensos como pueblos, rellenos de cuanto existe en el mundo para comodidad y orgullo de los hombres. Hacía siglos que el Gran Kan, tocado sin duda por la misericordia de Dios, quería hacerse cristiano. En tiempo de Marco Polo, éste y sus parientes habían sido embajadores del Papa cerca del rey de los reyes para entablar relaciones entre las dos cortes. Otros enviados pontificios, humildes frailes, de menos empuje que el mercader veneciano, se quedaban en el camino sin poder cumplir su misión. Últimamente, el Gran Kan, cansado de aguardar, había enviado una embajada a Roma. El humanista Poggio, secretario del Papa Eugenio Cuarto, hablaba con estos enviados asiáticos, aunque con gran dificultad, por no ser buenos los intérpretes. El físico florentino Paulo Toscanelli había escrito algo sobre esta embajada del remoto Oriente. ¡Qué gloria para los Reyes Católicos si ponían en relación por el camino de Occidente al más alto representante de la Cristiandad y al rey de reyes, que vivía en Catay, aportando con esto al cristianismo casi una mitad de los seres que hollaban la Tierra! Era un golpe decisivo para acabar con la infame secta de Mahoma, el más terrible peligro para los europeos en aquel momento. El mahometismo no podría seguir viviendo un día más si tenía a sus espaldas al poderosísimo Gran Kan de la Tartaria, señor de la China y enfrente a los pueblos cristianos capitaneados por los reyes de España. Estos, enriquecidos por el descubrimiento del nuevo camino asiático, podrían crear el más grande de los ejércitos, arrollando a todos los pueblos mahometanos hasta conseguir la reconquista de los Santos Lugares de Jerusalén. Todo esto lo expuso el oscuro navegante el día que el cardenal Mendoza le facilitó una entrevista con los reyes en su alojamiento de Córdoba. Don Fernando y doña Isabel lo escucharon silenciosos, interesados visiblemente por la novedad de la propuesta. Ella se mostró conmovida por el aspecto religioso de dicha empresa. ¡Qué inmensa cosecha de almas para Dios! Sus gustos de mujer elegante sintieron igualmente deslumbrados por las descripciones de este aventurero, con voz y ademanes de profeta, que describía las riquezas orientales de Marco Polo y Mandeville como si las hubiese visto; perlas, diamantes, paredes de oro, puertos interminables, muelles de mármol, filas de navíos con proas de bestias quiméricas y velas. Su esposo el rey de Aragón oía en silencio, con el rostro apoyado en su diestra, este fluir de palabras igual al curso de un arroyo continuo. Pensaba en Portugal, en los avances de sus marinos por la costa de África, que habían sido costosísimos y sin resultado en tiempos del infante don Enrique, y ahora resultaban negocio feliz, gracias al oro de San Jorge de la Mina, en Guinea y a la malagueta, que valía tanto como la pimienta asiática. Además, los cosmógrafos de Lisboa anunciaban, después de haberse descubierto el cabo de las Tormentas, la llegada a la India como un suceso próximo. Lo más penoso ya estaba hecho, y el resto era asunto de tiempo. ¡Si los españoles pudiesen llegar a estas tierras de inmensas riquezas siguiendo el camino opuesto que ofrecía este marinero vagabundo con una verbosidad de predicador exaltado!... Pero la inteligencia positiva de este monarca admirado por Maquiavelo no gustaba de separarse largo tiempo de la realidad, e inmediatamente volvía a ver con exactitud todo cuanto le rodeaba. El país estaba empobrecido por las antiguas revueltas y por la guerra actual; toda la fuerza de la morisma se había concentrado en el reino de Granada; debían combatir a ejércitos numerosos, como tal vez no los habían reunido nunca los reyes mahometanos de la Península; la hacienda real estaba exhausta; tenían que apelar a continuos préstamos para encontrar dinero. ¿Cómo iban a comprometerse en una empresa tan aventurada e incierta cuando lo inmediato, o sea la lenta apropiación de la granada «grano a grano», estaba aún por terminar?... Cuando sus banderas ondeasen sobre las torres de la Alhambra, y hubiesen vencido para siempre a los moros, sería llegada la hora de ocuparse con alguna atención de las proposiciones de este hombre. Sin embargo, el prudente rey que no gustaba de abandonar los asuntos cuando los creía dignos de atención, aunque por el momento no resultasen oportunos, acordó con su esposa someter el plan del navegante a una junta de personas doctas presidida por fray Hernando de Talavera, prior de Santa María del Prado. Este religioso, que iba a ser muy luego el primer arzobispo de Granada, sólo parecía interesarse por la conquista de dicha ciudad y la derrota definitiva de los moros. El plan de ir a la India por un nuevo camino lo dejaba indiferente, no creyendo que mereciese entusiasmo ni animadversión. Creía inoportuno que los reyes se distrajesen, en aquellos momentos de su gran empresa nacional, por este asunto, que sólo podía interesar a mercaderes y maestros de carabelas. Lo urgente era la conquista de Granada, el dar fin a la invasión de los mahometanos enemigos del verdadero Dios, que ya duraba más de siete siglos, y para tan santa empresa no había nunca bastante dinero, bastantes hombres ni bastantes naves que, navegando en la entrada del Mediterráneo, combatesen a las flotas de transportes que enviaban los reyes moros de África a sus correligionarios de Granada. Las personas doctas que bajo su presidencia debían examinar la proposición del extranjero se mostraban menos indiferentes. Eran letrados con afición a los estudios generales y hombres de profesión científica expertos en cosmografía y conocedores de cuantos viajes importantes se habían realizado hasta entonces. El Almagesto de Tolomeo, las opiniones de Euclides sobre el volumen de la Tierra y los estudios de los autores árabes eran conocidos por gran parte de ellos. Los había también en dicha junta que sólo debían su nombramiento a las dignidades oficiales de su persona y no a sus estudios, como ocurre en toda reunión

organizada por un Gobierno. El doctor Acosta había sido llamado a dicha junta. Según costumbre de la época, tardó en reunirse algunas semanas después de su convocatoria. Varios de los designados estaban ausentes de Córdoba; otros debían venir desde Sevilla. Habló el doctor de esta futura reunión con un vecino suyo canónigo de la catedral y hombre docto que también debía figurar en ella. No era aficionado, como el célebre físico, a los estudios de astrología y alquimia ni le interesaban extraordinariamente las cosas del mar. Figuraba como teólogo, y lo habían convocado, porque en aquellos tiempos era la Teología la primera de las ciencias, y carecería de importancia toda reunión docta en la que aquélla no estuviese representada. Conocía casi todo lo que los grandes hombres de los siglos anteriores habían escrito sobre lo divino y lo humano. Las pretensiones de maestre Cristóbal le habían hecho registrar los numerosos volúmenes de un autor español, el mallorquín Raimundo Lulio, que muchos apellidaban el Doctor Iluminado por haber previsto y entrevisto el porvenir con una intuición que parecía mágica. Acosta escuchó lo que Raimundo Lulio había dicho dos siglos antes al explicar las mareas. Como la Tierra era redonda, se imaginaba la curva del Océano lo mismo que si fuese un inmenso puente acuático. Este puente se apoyaba en dos estribos o macizos de tierra. El uno era Europa. Forzosamente debía existir en el lado opuesto del Océano otra tierra, otro mundo, explicándose las mareas por el doble obstáculo que presentaban los dos continentes: uno, conocido; otro, ignoto. La afirmación del Doctor Iluminado traía pensativo al canónigo, predisponiéndolo a escuchar con atención lo que diría aquel navegante vagabundo, que era a su modo otro iluminado. Después de reflexionar, Acosta movió la cabeza negativamente. Tal vez fuera cierto lo que decía Lulio y existiese aquella tierra misteriosa, que servía de invisible sostén al arco del mar en los movimientos de sus mareas: pero en este caso sería una tierra nueva, un mundo que nadie había conocido hasta entonces, no Asia; esto era imposible. Las tierras del Gran Kan estaban más lejos por Occidente de lo que suponía aquel visionario, tenaz en sus propósitos, pero de estudios ligeros y apresurados. Maestre Cristóbal vivía cerca de la casa de Gabriel de Acosta, en un mesón llamado de los Tres Reyes Magos, según rezaba su muestra avanzada sobre la calle, en la que se veían pintados los tres monarcas de la leyenda evangélica. Pero todos en Córdoba, lo designaban, para mayor brevedad, empleando el nombre de su dueño el Mesón de Buenosvinos. Se entraba en él por una puerta ojival de piedra tallada, recuerdo de los primeros tiempos de la reconquista del país por los reyes cristianos. Los capiteles y los dos haces de columnillas que los sostenían, el arco apuntado y los escudos nobiliarios del primer dueño del caserón, convertido ahora en alojamiento público, estaban embadurnados con una espesa capa de cal, lo mismo que el resto de los muros y los alféizares de los ventanales, pues Antón Buenosvinos cuidaba todos los años de renovar la blancura exterior de su establecimiento. Era la única limpieza visible. Más allá de la puerta se empezaba a pisar una gruesa capa de paja y excrementos de caballería, lecho de las cuadras, que ocupaban todo el piso bajo del edificio, y que iba extendiéndose por el patio central y el zaguán hasta la misma calle. Este patio era dominio de los arrieros, mozos de establo, mensajeros o viajeros pobres, de todos los que llegaban a caballo o guiando una recua de bestias. Los huéspedes no tenían más que subir unos pocos escalones a la izquierda de la puerta para verse en la gran sala del mesón que servía al mismo tiempo de comedor. En su chimenea siempre había leños encendidos y ollas hirviendo. El humo intentaba expulsar a las moscas, señoras de la casa, continuamente renovadas por la germinación vital, rumorosa y oscura, del estiércol del patio y las cuadras; pero volvían inmediatamente, atraídas por el tufillo de los platos, servidos sobre una gran mesa en el centro de la sala, por la grasosa succulencia, de varias ristras de longanizas, algunos jamones y numerosas canales de cerdo —placas de tocino semejantes a chalecos blancos—, colgando todo ello del techo o de la campana de la chimenea, para que se fuese secando lentamente. Maestre Cristóbal ocupaba un chiribitil en el último piso, sin otra luz que la de un ventano sobre las tejas y la que entraba por la puerta al abrirse en el segundo balconaje del patio, baranda de madera trabajada a golpe de hacha y pintada de gris. Antón Buenosvinos, apodado así desde los tiempos de su padre por ser famoso el mesón a causa de su bodega y por las muchas viñas que iba adquiriendo en los alrededores de Córdoba, llamaba capitán al que otros titulaban simplemente maestre Cristóbal, porque esto parecía realzar el prestigio de su establecimiento. Le había mirado con indiferencia en los primeros días de hospedaje, y eso que un mercader genovés de la ciudad lo recomendó al mesonero, lo que equivalía a declararse fiador suyo. El saberle después criado del duque de Medinaceli (en aquel tiempo eran criados de los magnates todos los que vivían a su costa), y en tratos amistosos con el célebre físico Acosta, lo fue elevando en el concepto del mesonero, el cual ya no sintió duda alguna sobre el pago de su hospedaje. Al verle finalmente recibido por el Gran Cardenal y por los reyes, lo consideró persona algo maltratada por la fortuna, pero digna de respeto. Sin hacer otra cosa por mejorar su hospedaje que ofrecerle de tarde en tarde algún vaso de sus vinos más predilectos, procuraba halagarlo con socarronas lisonjas: —Capitán, cuando los reyes den a vuesa merced todas esas naos que pide, yo iré en la suya para ver al señor Gran Kan de la Tartaria y traerme varios pellejos de vino llenos de oro. Y así pensaba él ir en dicho viaje como en hacerse mahometano. En las calles de Córdoba, donde se juntaban los jóvenes hidalgos que seguían a

la Corte real en sus viajes con los soldados prontos a marchar en la nueva expedición contra los moros, empezaba a ser muy conocido maestro Cristóbal a causa de su aspecto. Las más de estas gentes iban vestidas con telas ricas, llevando collares de metal o de cuentas multicolores sobre el pecho, la espada y las espuelas doradas, penachos de pluma sobre la toca, bordados de aljófar en el justillo o en el cinturón, y reían de la pobreza de este solicitante, de sus ropas limpias, pero viejas y gastadas, apodándolo el hombre de la capa raída. Los más mozos, con la jactancia de sus pocos años, le tenían por un proyectista demente, a causa de sus proyectos de navegación por el Océano misterioso, de los cuales sólo tenían una ligera idea. El contador Quintanilla y otros protectores lo invitaban con frecuencia a su mesa; mas para la satisfacción de las demás necesidades de su persona seguía trabajando en las horas que le dejaban libre la propaganda de su plan. No sólo vendía libros de estampa a los personajes de la corte o a los frailes que venían a ver a los reyes; también se dedicaba al dibujo de cartas de navegar. Esta última habilidad le inspiraba cierto orgullo artístico, hablando de ella como de algo que le separaba de los demás mortales y que muy pocos hombres habían poseído hasta entonces, por ignorar, sin duda, lo que los cartógrafos mallorquines y catalanes venían haciendo desde dos siglos antes. Pasados algunos años, todavía apreciaba tal habilidad como un don extraordinario de Dios, y escribía a la reina Isabel: «En la marinería me hizo Dios abundoso; de astrología me dio lo que abastaba, y así de geometría y aritmética; e ingenio en el ánimo y manos para dibujar esfera, en ella las ciudades, ríos y montañas, islas y puertos, todos en su propio sitio.» Unas veces en su cuartucho, si era grande la afluencia de viajeros y otras en la sala baja del mesón, cuando en los meses de invierno resultaba más escasa la concurrencia dedicábase maestro Cristóbal a los trabajos de cartógrafo que le ayudaban a vivir. Hacía cartas de marear, abarcando solamente el Mediterráneo y sus costas, para venderlas a los capitanes españoles que a las órdenes de Melchor Maldonado iban a Nápoles, navegando frente a las riberas occidentales de Italia. Cuando no tenía encargos urgentes, dibujaba en una gran tela, un mapamundi, que hacía por su gusto, esperando venderlo a un potentado, y en el que iba reproduciendo todo lo que había visto en otras cartas existentes en Portugal, copiadas a su vez de las que fabricaron cartógrafos de diversas naciones llamados por el infante don Enrique. Este trabajo lento y detallado lo veneraban desde lejos las mujeres del mesón como algo misterioso, semejante a los jeroglíficos de astrólogos y alquimistas. Una de ellas, que frecuentaba el establecimiento de Antón Buenosvinos como amiga de la familia y servía a los huéspedes en días de gran afluencia, era la única que osaba acercarse al señor Cristóbal al impulso de curiosidad juvenil. Tenía veinte años y se llamaba Beatriz. El mesonero había conocido a su padre, hombre de bien, algo desgraciado en sus negocios y siempre pobre, que había dejado al morir un hijo y una hija. Le llamaban Pedro Torquemada, pero Beatriz, valiéndose del desorden nominativo tolerado entonces prefería el apellido de su madre, Enríquez de Arana. Los Arana eran indudablemente hombres del Norte, vascongados que habían bajado a hacer la guerra a los moros, siguiendo al rey don Fernando el Santo. Establecidos en Córdoba al dividirse la familia en varias ramas, éstas habían sufrido diversas suertes. Hubo Aranas nobles y ricos; otros descendieron en el transcurso de dos siglos, llegando a ser pobres, como la madre de Beatriz, unida con un Torquemada de origen oscuro. Pedro de Arana, hermano de dicha moza se había hecho grumete y andaba ahora en galeras y zabras por el Mediterráneo, unas veces, en viajes comerciales; otras, sirviendo a los reyes en la guerra contra los moros granadinos. Beatriz vivía con su madre en extremada pobreza. Toda la fortuna que Pedro Torquemada les había dejado al morir consistía en dos pequeñas viñas, situadas cerca de Córdoba, las cuales les daban una renta irrisoria en maravedises. Antón Buenosvinos, siempre afanoso de adquirir nuevas cepas, estaba seguro de poder comprar estos campos algún día, protegiendo a su modo a la viuda y a su hija. Eran amigas de su familia y las llamaba como auxiliares para que sirviesen en su mesón en días extraordinarios de ferias, grandes fiestas religiosas y entrada de los reyes. La joven parecía alegrar con su presencia a los huéspedes. Hasta clérigos y graves señores de la justicia venidos de los pueblos cercanos sonreían al hablar con esta doncella, que era a la vez muy arriscada en palabras y movimientos y de una virtud agresiva apenas sospechaba en sus interlocutores algún intento contra su castidad. Ella sólo podía atender a los hombres como Dios manda, o sea, cuando se acercasen con el buen propósito del matrimonio y alguno fuese de su gusto. Mientras tanto, como aún era moza, resultaba lícito que hablase y riese; pero nada de tocamientos ni de audacia excesiva en las palabras. Tenía el andar gallardo, y en momentos de enfado mostraba, una arrogancia varonil. Muy limpia de cuerpo y de ropas, a pesar de su pobreza, y gran amiga de las flores, encontraba siempre algunas para adorno de su pecho y su cabellera. El mayor de sus deseos era poder adquirir, como las damas de Córdoba, los perfumes que fabricaban los alquimistas del barrio de la Morería. Llamaba la atención, entre las andaluzas de pelo retinto, ojos negros y tez morena, por su cabellera rubia de un dorado pálido, por sus pupilas garzas, supervivencia, sin duda, de remotas abuelas vascongadas, que habían poseído esta misma belleza blonda, propia de su raza. Sentíase atraída Beatriz por el aspecto grave y la digna pobreza del señor Cristóbal. No le inspiraba la inquietud que los demás, siempre dispuestos a decirle frases amorosas y a aprovecharse de su confianza para algún atrevimiento

que debía repeler con mano amenazante. Era dulce y reposado en sus palabras. Su sonrisa tranquila le recordaba la de algunos santos que había visto en las iglesias. No había miedo con él a las osadías varoniles que tanto la indignaban. Le veía con una superioridad semejante a la de los padres sobre sus hijos. Estaba enterada de que, no obstante su pobreza, hablaban de él en la Corte y el Gran Cardenal le daba audiencia para escucharle. Además, le interesaba ver cómo sus manos iban animando con líneas, colores, imágenes santas y figuras de hombres y bestias aquellos enormes cuadros de papel o de tela que luego habían de servir para guiar con sus consejos misteriosos a los pilotos perdidos en el desierto movedizo de las olas. El mapa enorme que el señor Cristóbal iba dibujando por su propio gusto representaba para Beatriz un gran recreo espiritual. Como muchas doncellas de su clase, sólo sabía leer con lentitud y escribía aún con mayor dificultad, desfigurando extravagantemente las palabras; pero un mundo nuevo iba abriéndose ante su imaginación mientras seguía con los ojos las manos del cartógrafo, nervudas y de finos dedos. La poesía de los países exóticos y remotos, la majestad del Océano, la riqueza multicolor de las enormes ciudades de Oriente, todo parecía cantar, dentro de su cabeza juvenil, una música completamente nueva, mientras con una rodilla apoyada en un taburete, los codos en la mesa y el rostro descansando en ambas manos, contemplaba atentamente el trabajo del dibujante, inclinado junto a ella sobre su obra. En medio del Océano había una estrella de numerosas puntas indicadora de los diversos vientos, y en su redondel central la Virgen María con el niño en brazos: una bella señora cuyo rostro se mantenía aún vagoroso, dejando el artista para el último momento la fijeza definitiva de sus facciones. A la izquierda del Océano había un enjambre de islas, algunas muy apretadas, otras sueltas, como fragmentos que hubiese arrebatado la fuerza de las olas de la tierra firme, marcada detrás de ellas. Esta línea de costas debía trazarla el cartógrafo sin ninguna regla fija, sin guiarse por observaciones exteriores, tal como la veía en su imaginación, sometiéndola a continuos retoques. El lado derecho de su obra lo fue reconociendo la moza a las primeras explicaciones del dibujante. Vio a España, sus principales ciudades estaban representadas por pequeños castillos, teniendo sobre sus torres banderas de rigidez horizontal con adornos de animales heráldicos. Allí estaba Córdoba; más arriba, Toledo y Madrid; a un lado, cerca del mar, otro castillejo era Granada, y el señor Cristóbal, anticipándose a los sucesos, había colocado sobre su diminuta fortaleza rojiza la bandera de la cruz, como si ya perteneciese a los Reyes Católicos. Veía en Italia al Santo Padre sentado en un trono que era Roma, con su tiara puntiaguda de tres diademas. En el centro de Europa aparecían esparcidos varios monarcas coronados y barbudos, en vez de los tradicionales castillos; pero a ella lo que le interesaba más era el Oriente, que llenaba toda la parte derecha de la carta y cuyo extremo volvía a aparecer por su lado izquierdo, o sea, la enorme Asia hasta sus últimos límites de Catay y Cipango. Contemplaba a Constantinopla, que pertenecía ahora al Gran Turco por una voluntad inexplicable de Dios, y más allá empezaba el inmenso misterio poético del Asia. Tres diminutos personajes a caballo, con largas vestiduras y seguidos, de pajes pedestres, eran los Reyes Magos con sus presentes de oro, incienso y mirra. De aquellos países habían salido para llevar tales regalos al Niño Dios. Cuatro camellos en fila representaban las caravanas, flotas terrestres que atraviesan los mares arenosos de los desiertos. Los golfos de las Indias estaban surcados por buques de un volumen semejante al de los cristianos pero llevando banderas adornadas con bestias quiméricas. Tierras adentro iba admirando la absorta doncella todos los esplendores de aquellos reinos a los que pensaba llegar un día el señor Cristóbal. Un castillo más grande que los de Europa era la ciudad de Cambalú, residencia del Gran Kan; otro más lejano, Quinzay, el de los doce mil puentes de mármol. La rica provincia de Manguí, la más opulenta de todo Catay, no encontraba sitio en el lado derecho del mapa y avanzaba su punta por el izquierdo, teniendo a continuación de su vértice la enorme isla de Cipango. Esta era a modo de una clueca entre la vasta pollada de cinco mil islas grandes o pequeñas. No se cuidaba de marcarlas una por una el cartógrafo, pero atento a sus certidumbres geográficas, extendía muchas de ellas por el Océano, colocando las más avanzadas a distancia muy corta de las Azores, Madera y las Canarias. Eran las primeras tierras que encontraría él si le daban los medios para hacer su viaje. En el vasto Catay y en la primera India, cortada por el Indo y el Ganges, había dibujado en negro gran número de animales y de personas, cuyas formas raras admiraban a Beatriz, monstruos que estaban esperando los toques del pincel para animarse con vivos colores. El cartógrafo explicaba las particularidades de dichas bestias. Esta mezcla de pájaro y de león era el grifo, que siempre se posa donde hay tesoros ocultos, para defender el oro con las uñas. En Asia abundan las aves de tal especie, por ser incontables las minas auríferas. Un elefante con torres en el lomo indicaba la majestad de los lujosos monarcas indostánicos. Sobre los mares índicos volaba un ave negra que debía de ser enorme, a juzgar por el tamaño de los navíos, menores que ella colocados a corta distancia. Era el pájaro Rock, del que hablaban en sus relatos los marineros árabes y de cuya existencia daba fe el caballero Mandeville; ave terrible que, asiendo con sus garras un elefante o un barco, se remontaba en la atmósfera, dejándolos caer desde enormes alturas para hacerlos añicos. La isla de Taprobana hervía de elefantes; tantos eran en las selvas del interior. Sus palacios tenían en el vértice de sus cúpulas unas esmeraldas tan enormes,

que brillaban en la noche como fanales. Junto a las bocas del Indo había dos islas: Cryse, toda de oro, y Argire, toda de plata. Otra isla maravillosa era Ofir, a la que iban antaño las flotas del rey Salomón a cargar oro. Unos animales de múltiples patas, dibujados por el cartógrafo, eran hormigas ferozes, más grandes que mastines, capaces de comerse a un hombre en pocos minutos, y que fabricaban en la orilla enormes bolas de oro con sus arenas. Las tripulaciones salomónicas aguardaban en sus naves a que las terribles bestias se retirasen al interior para comer o dormir, y aprovechaban tal ausencia saltando a tierra para llevarse presurosamente algunas de estas bolas preciosas. Maestre Cristóbal explicaba luego a Beatriz quiénes eran algunos hombrucitos monstruosos que ella tomaba por figuras sin terminar: los monóculos con su ojo único en la frente, los canefalles con cara de perro y demás engendros de la geografíadelirante, vistos por el docto caballero Mandeville y otros autores más antiguos. Parecía haber olvidado el artista momentáneamente estos hombres prodigiosos y a las bestias guardadoras de tesoros, para concentrar toda su atención en un personaje al que consideraba muy importante. Era el rey de los reyes, pintado entre dos enormes castillos que representaban las dos ciudades más principales del Catay, y al que no faltaba color ni detalle, por haberse apresurado a terminarlo mucho antes de completar las otras indicaciones simbólicas de su mismo Imperio. Inclinaba su cabeza la moza para verlo de más cerca. ¡Este era el Gran Kan, del que había oído hablar tantas veces! Su aspecto correspondía a la majestad con que ella y los de su tiempo podían imaginar a un monarca tan poderoso. Colón lo había representado en la misma forma que otros cartógrafos anteriores, apreciando dicha imitación como una garantía de semejanza. Era un emperador parecido a Carlomagno, con las blancas guedejas tenidas por una corona de florones, barba en dos puntas, majestuoso ropón de brocado hasta los pies y largo cetro en la diestra. El único detalle indicador de su origen asiático consistía en ser su rostro más ancho que largo, con los ojos oblicuos y una sonrisa bondadosa y al mismo tiempo extraña para las gentes de raza blanca. Como símbolo de su inmenso poder figuraban ante él varios hombres, funcionarios o mercaderes, puestos en cuatro patas y con la cabeza tocando el suelo. Siguió Beatriz con creciente interés la formación de esta obra, resumen del mundo. Necesitaba ya ver todos los días el lento avance de dibujos y pinturas. La humilde moza de Córdoba se familiarizaba en el mesón de Buenosvinos con los atlantes y los trogloditas de Asia, conociendo gracias a maestre Cristóbal la grandeza de aquella India de la que tanto hablaban los hombres doctos: más de una tercera parte del mundo, con cinco mil ciudades y nueve mil pueblos grandes, según las explicaciones del cosmógrafo. Cuando éste no volvía al mesón, por estar convidado a la mesa de personajes de la Corte o andar procurando la venta de alguno de aquellos volúmenes impresos que guardaba en su cuartucho, la joven permanecía silenciosa y enfurruñada en el comedor del piso bajo, esperando horas y horas la vuelta del extranjero. Durante el invierno había trabajado el señor Cristóbal en aquella gran pieza común. Como la mesa de los huéspedes quedaba desocupada desde el principio de la tarde hasta la hora de la cena, el cartógrafo podía hacer en ella sus dibujos recibiendo mientras tanto el calor del hogar. Ahora, con el buen tiempo, eran más los viajeros, siempre había gente en la sala baja, y se veía obligado a trabajar en el último piso del mesón. Beatriz venía a buscarle en su cuartucho con la intrepidez de una muchacha acostumbrada a repeler los atrevimientos varoniles y que no duda de sus medios defensivos. Además, el capitán se mostraba siempre dulce en sus palabras, hablándole tranquilamente, con una confianza casi paternal, justificada por la considerable diferencia de edad que existía entre los dos. También el marino mostraba cierta necesidad de sentir cerca de él la presencia de esta admiradora muda. Representaba para su mísera soledad de pretendiente visionario la fuerza reanimadora que trae con ella toda mujer. Fuera del mesón le hablaban los hombres con un tono de incredulidad o de cansancio. Muchos evitaban las ocasiones de oírle. Era el importuno que llega a destiempo para charlar de cosas faltas de interés. Solamente dentro de aquella hostería encontraba atención, credulidad, silencio admirativo. Además, la juventud exuberante de la pobre moza parecía transmitirse a él, hombre desgastado por los excesos de su acción, envejecido más allá de su edad por los rudos altibajos de una existencia aventurera. Apartaba su vista Beatriz algunas veces del mapa para mirar fijamente al cartógrafo, mientras éste seguía trabajando como si no se diese cuenta de tal contemplación, o como si, viéndola a ella de reojo, temiera sentirse perturbado al mirarla frente a frente. Hacía, sin duda, la moza largas comparaciones entre su cabellera casi blanca y el color rubicundo de su rostro, arrugado en torno a sus párpados, pero fresco y jugoso en las mejillas. Lo veía tal vez más joven en estos momentos que en el resto de la jornada. Una nueva luz parecía brillar en sus pupilas, que eran garzas, lo mismo que las de ella. Mostraba, el señor Cristóbal de pronto alegrías inesperadas. Mientras seguía dibujando, entonaba a media voz dulces canciones portuguesas o las llamadas salomas, versos incoherentes, en la algarabía lingüística usada por los navegantes del Mediterráneo, melopeas inventadas por los marineros mientras tiraban de los cables o trabajaban subidos en los mástiles. Olvidando al Gran Kan y a todos los hombres prodigiosos y monstruos del Asia, se había dedicado con repentino capricho a terminar la cabeza de Nuestra Señora que ocupaba el círculo de la estrella de los vientos. Beatriz la vio de pronto rubia y azulada de ojos, con cierto parecido a ella. Era la pobre semejanza que podía obtener

un dibujante de cartas, hábil únicamente en el trazado de figuras estilizadas para simbolizar países: pero para la moza fue la tal Virgen la más interesante de todas las imágenes santas que llevaba vistas. Pareció rejuvenecerse maestre Cristóbal, mostrando mayor fe en sus próximos destinos. Iba a reunirse, al fin, la Junta que había de oírle en Córdoba por orden de los reyes. Todo lo veía fácil y hacedero. Aquellos señores de la Junta sabían que los monarcas se interesaban por su proyecto. Además, contaba con el apoyo del tercer rey de España y de los funcionarios más allegados a don Fernando y doña Isabel. La víspera de la primera reunión, la pobre doncella mostró mayor inquietud que él en la expresión de sus ojos parpadeantes, en la tenacidad con que le hizo preguntas sobre la condición y carácter de todos aquellos señores que iban a oírle. ¡No conocerlos ella, para hablarles del capitán!... ¡Ser una ignorante, incapaz de entender las más de las palabras usadas por él en sus explicaciones! Colón mostraba, en cambio un optimismo arrogante. Daba por aceptado su plan; se veía ya exigiendo condiciones a los reyes. No emprendería el nuevo camino de Asia si antes no lo hacían gran Almirante del mar explorado por él, si no lo nombraban virrey de las tierras que descubriese y que aún no estuvieran dominadas por el Gran Kan, si no le daban un tercio de todo el oro, las perlas y la especiería que se sacasen de aquellos países. Enardecido por su propia imaginación, pareció olvidarse de la muchacha, que, con las manos cruzadas delante de sus rodillas, encorbaba la espalda y, los ojos en alto, le escuchaba hablar con voz de triunfador mientras paseaba circularmente en su cuartucho. De pronto sentía el visionario una generosa necesidad de adornarla a ella con un retazo del manto de opulencias que le esperaba al otro lado del Océano. Cuando él fuese rey en aquellos países de ensueño se acordaría de ella, elevándola enormemente sobre su condición actual. Sería una dama más rica que las que acompañaban a la reina doña Isabel; se llamaría doña Beatriz; tal vez sus futuras hacaneas fuesen elefantes con templetes de oro; tal vez se cubriesen de perlas de la garganta a los pies, y hombrecillos con el rostro color de bronce sostendrían su cola, precediéndola otros con abanicos de plumas... Luego cortaba su facundia imaginativa y abría un corto silencio para decir melancólicamente: —No, Beatriz; vos os quedaréis aquí para casaros con un mancebo de la tierra. A cada cual lo suyo. Sois mocita y nos hemos conocido demasiado tarde. En el día siguiente estuvo fuera del mesón hasta el anochecer. La Junta presidida por Hernando de Talavera, el prior del Prado, le escuchó a puerta cerrada y sus individuos se abstuvieron a la salida de dar informe público de lo ocurrido. El doctor Acosta le oyó una vez más insistir en sus tremendos errores geográficos sobre la pequeñez de la Tierra, a la cual hacía menor en una tercera parte de su verdadero volumen, y sobre la facilidad de llegar por el Oeste en una navegación de pocas semanas a las costas del Extremo Oriente asiático. Además, poseído de súbito recelo, sospechando que sus auditores podían robarle su proyecto—como en Portugal—si daba mayores detalles, explicaba muy a la ligera las razones que le servían de apoyo. El doctor se lo había oído exponer en su casa con mayor abundancia y franqueza. Los individuos de la Junta menos versados en los estudios geográficos fueron los que le oyeron con mayor interés. Su fervor de visionario, el misterio en que envolvía sus afirmaciones faltas de pruebas, acabaron por impresionarlos. Acosta reconocía en él un gran poder de sugestión sobre todos los hombres doctos que no habían estudiado especialmente la geografía y estaban imposibilitados de contestar las argumentaciones improvisadas por su entendimiento ágil. Todo sonaba en su boca con un acento autoritario de verdad indiscutible, hasta lo más fútil y deleznable. Cuando no sabía cómo responder a las objeciones, adoptaba un tono misterioso, repitiendo tenazmente: —Yo hallaré tierra, setecientas leguas más allá de las Canarias, y tal vez antes. Son las islas avanzadas de la tierra firme del Gran Kan. Lo sé cierto, y no digo más. Bien sabe Dios, que me escucha, que hablo verdad. Y no quería demostrar su aserto con ninguna prueba palpable; pero tan rotundo era su tono de seguridad, que Acosta llegó a sospechar si poseía alguna prueba oculta de la existencia de estas islas avanzadas. Podía haberla encontrado entre los papeles de su suegro, antiguo piloto del infante don Enrique. Tal vez había recibido informes directos, viviendo en Puerto Santo, de algún piloto perdido en el Océano, que al volver le contó el hallazgo de tierras misteriosas. El físico había oído hablar a los marinos andaluces de un piloto español que al ir de Canarias a las Azores con un cargamento de víveres, veía su nave arrebatada hacia el Oeste por una tempestad, y después de muchas penalidades tocaba en islas desconocidas. Gracias a su cargamento podía emprender el regreso, pero todos los de su tripulación iban pereciendo, y al final, cuando desembarcaban en una de las islas portuguesas, morían él y los pocos que aún quedaban de su tripulación. Unos suponían al tal piloto nacido en Huelva, otros lo hacían vasco o gallego; pero todos afirmaban que un navegante español—de los muchos que se perdieron en el Océano sin dar noticias—había vuelto a las tierras cristianas para morir, contando antes su descubrimiento casual. ¿Habría conocido Colón directamente en Puerto Santo o en las Azores a este piloto, que algunos llamaban Alonso Sánchez de Huelva? ¿Poseía algún intermediario el secreto de dicho moribundo?... Existían en la Junta de Córdoba, como en toda reunión oficial, hombres de disparatadas ideas, los cuales mostraban cierto parentesco imaginativo con el proyectista extranjero, empleando dicha similitud mental para combatirlo. Uno afirmaba que de navegar Colón siempre al Oeste no llegaría a Asia en tres años. La distancia

resultaba demasiado enorme; pero de todos modos, el que hablaba así presentía sin dato alguno la existencia del océano Pacífico, ignorado de todos. Otro, basándose en la redondez de la Tierra, sostuvo que si el extranjero realizaba su viaje a la ida, los buques navegarían fácilmente por ir cuesta abajo, pero al intentar la vuelta les resultaría ésta imposible por tener que surcar el Océano cuesta arriba. Este disparate, que hizo sonreír al doctor Acosta, no resultaba extraordinario entonces. El mismo Colón, años después, en uno de sus viajes, afirmó que sus buques habían tenido que subir mucho por el Océano, sirviéndole esto para descubrir que la Tierra no es redonda, sino en forma de pera o de pecho de mujer, con un pezón al final, que es la montaña del Paraíso. Muchos de los contradictores de Colón vivían lo mismo que vivió él hasta el momento de su muerte, dentro de una geografía delirante, que era la de su época, y de la cual muy pocos habían conseguido libertarse. Despidieron los de la Junta al proyectista, después de haberle hecho saber que lo llamarían otras veces para seguir tratando el asunto. Luego, al quedar solos, acordaron manifestar a los reyes que lo propuesto por Colón «no estribaba en tan sólido cimiento que pudiera arriesgarse en ello el buen nombre de España y las vidas de los que le acompañasen», pero sin añadir a esto ningún calificativo en mengua de la experiencia y los estudios del solicitante. No pensó Beatriz durante el día en otra cosa que en esta Junta tan temida por ella. Tardó en ir al Mesón de los Tres Reyes Magos, temiendo conocer la noticia de lo ocurrido y necesitando al mismo tiempo saberla para librarse de una sorda angustia que la molestaba desde las primeras horas de la tarde. Entró en el mesón al anochecer, y al enterarse de que el señor Cristóbal estaba en su cuarto, subió la escalera, al principio con discreta lentitud, luego apresuradamente, cuando ya no podían verla las otras mujeres que estaban abajo. Quedó inmóvil en el balconaje de madera que daba al patio interior, cerca de la mísera habitación. A sus espaldas iba cayendo la luz del ocaso como una lluvia de suave rosa, cada vez más pálida. Sobre este fondo de resplandor desfalleciente, la joven parecía más alta y majestuosa, como si llevase dentro de ella toda la alegría de la vida. Vio enfrente, a través de una puerta abierta, la llamita de una vela de sebo puesta en un candelabro de latón y éste descansando sobre la mesa, en uno de cuyos extremos estaba enrollado el mapa tan admirado por ella. En el extremo opuesto, un codo de hombre con la manga del jubón algo deshilachada; un puño cerrado sirviendo de apoyo a una mejilla. Se elevaron unos ojos hacia la moza al darse cuenta de su presencia, ojos extraordinariamente agrandados, con una mirada de humildad y desaliento. Sus pupilas azules y doradas tenían un brillo cristalino... ¡Lágrimas! Beatriz sintió también de pronto un deseo de llorar. El hombre del Gran Kan, orgulloso y triunfador un día antes, había rodado de las inmensas alturas de su imaginación, volviendo a ser el hombre de la capa raída. Avanzó resueltamente la mujer, echándole sobre los hombros sus brazos de carne dura y primaveral. Lo envolvió en ellos misericordiosamente, con una violencia protectora. Necesitaba darle un consuelo. —Capitán..., ¡pobrecito mío! Y lo besó a plena boca. Capítulo Quinto.- Donde Maestre Cristóbal y Beatriz empiezan a vivir «en pecado mortal», y es abandonado por dos veces el viaje a las tierras del «Rey de Reyes», arreglándose todo finalmente gracias a un judío que demuestra la inmoralidad de prestar dinero sin réditos. A principios de verano se fue la Corte de Córdoba. Algunos señores de Galicia se habían colocado en actitud rebelde frente a los reyes, y éstos necesitaron trasladarse a sus estados del Norte para sofocar dicho movimiento. Vióse privado Colón del apoyo de los cortesanos que lo protegían; mas a pesar de ello se consideró menos solo que en los meses anteriores. El amor llenaba ahora su existencia. En su compleja personalidad, compuesta de diversas individualidades, el marino proyectista, el soñador de los caminos del Océano, parecía haberse encogido hasta ocultarse. Era ahora el sexual, devoto de todas las hermosuras de la Naturaleza, quien regía su existencia, embelleciéndola, no obstante su pobreza, con una sucesión de dulces idealismos. Este hombre de mar, que había sido pirata según las inducciones de Acosta y otros, cuyo exterior afable y reposado no podía ocultar en ciertos momentos la realidad de su carácter áspero e iracundo, sentía los mismos gustos de las damas por las flores, los perfumes y las joyas. En su mediocre estado de fortuna no podía adquirir estas últimas, pero las admiraba como experto conocedor en la reina y las señoras de su Corte, mostrando un entusiasmo de poeta al hablar del oro y las piedras preciosas. Este fervor áureo, uno de los más fuertes apoyos de su voluntad, lo empujaba al mismo tiempo como un resorte hacia los reinos maravillosos del Gran Kan. Perfumes y flores le era más fácil adquirirlos en el país donde vivía ahora. No obstante ser tan escasas sus ganancias y tan raída su vestimenta, se rociaba muchas veces con aroma de rosas, de acacia o de azahar, esencias adquiridas en los tenduchos de los perfumeros que habitaban el barrio de la Morería. En ocasiones, al hablar con Beatriz de su futura prosperidad, describía la magnificencia de los papeles en que irían escritos sus decretos y misivas, cuando fuese rey en la maravillosa Asia, todos impregnados de esencias rarísimas y con letras de puro oro en sus cabeceras. Mostrábase siempre frugal y sobrio en la mesa. Cuando lo invitaban los grandes, procedía con la misma parsimonia que en las austeras comidas que él mismo había de costearse en su mesón o en oscuros figones de Córdoba. Lo único que admiraba eran los ricos adornos de las mesas, especialmente los que contenían flores. Beatriz, conociendo sus gustos, llegaba siempre al Mesón de los Tres Reyes Magos con rosas y claveles en la cabeza y el pecho,

despojándose de estos adornos florales para dejarlos con fingida distracción en un jarrillo de loza azulada, único adorno del cuartucho del marino. Se creía éste algunas veces rondando aún el convento de Lisboa, donde había conocido a Felipa Muñiz. La juventud y el amor salían de nuevo a su camino, cuando él se imaginaba terminados para siempre tales encuentros. La mocedad empezaba para él por segunda vez, cuando tenía los cabellos blancos y necesitaba el calor y el apoyo de una voluntad adicta al retirarse diariamente de su combate con la suerte. Las horas en que no veía a la huérfana rubia le parecían vacías, sin ninguna significación para su existencia. Iba necesitando algo más que estos amoríos, apasionados e inocentes. Sus relaciones eran un simple noviazgo semejante al de tantos mancebos y mozas de la ciudad: largas conversaciones, besos a hurtadillas, audacias pasionales de él, excitado por casuales contactos; fugas de ella y enfados pasajeros por mostrarse siempre recelosa y defensiva aun en sus momentos de mayor abandono. Se consideraba dichoso el navegante en tan incompleta situación, temiendo mucho perderla, y al mismo tiempo recordaba su juventud en los puertos de burdos y ruidosos placeres, las aventuras del mar, con sus abordajes prometedores de sorpresas, que le hacía apreciar su casto noviazgo como impropio de sus años y de su existencia anterior. Mas en vano se quejaba pretendiendo avanzar en sus intimidades con ella. —Yo soy una mocita—contestaba Beatriz—, y aunque me has conocido sola, tengo familia muy honrada: mi tía Mayor, que me recogió al morir mi madre; mi hermano Pedro, que está en el mar y quiere ser capitán de nao como tu. Además, mi primo Diego, que acaba de casarse y es el más rico de todos nosotros. Anda entre las gentes de la justicia y algún día lo veremos alguacil mayor de Córdoba... No, lo que tú deseas sólo será cuando nos casemos. Entonces... ¡oh, entonces! Y lo besaba en la boca, con un apasionamiento de mujer ardiente y serena a la vez, escapando de entre los brazos del nauta apenas intentaba éste cerrarlos en torno a ella, temblorosos por la fiebre del deseo. Este amor iba creciendo con rudas alternativas de entusiasmo, desaliento, querellas y reconciliaciones. —Os conozco, señor Cristóbal—decía ella con fingida severidad y un índice en alto, agitándolo como si sermonease a su enamorado—. Mucha paz en la cara, lindos ojos, reposadas palabras como un predicador, y detrás un genio del demonio... No te enfades. ¡Si yo te quiero más así! Me gustan los hombres fuertes y que inspiren respeto. Además, tú has de ser autoridad. ¡A saber los reinos que gobernarás cuando llegues a aquellas tierras! Tal vez el Gran Kan, del que tanto hablas, ordenará que te sientes a su lado y seas como el Gran Cardenal en la corte de nuestros reyes... Pero espero que no me olvidarás cuando estés allá. Así debe ser, pues antes de tu viaje nos habremos casado. Recuerda que es cosa guisada entre nosotros. Influenciada por las ilusiones del visionario, la rubia andaluza se lanzaba a su vez a fantasear sobre el porvenir. —Sé que para gran señora me falta mucho. En la corte, la reina doña Isabel habla en latín, y me han dicho que otras de sus damas aún lo platican mejor que ella con prelados y extranjeros de gran sabiduría. Yo no tengo mas que una lengua, y ¡gracias! Pero allá, entre moros o paganos, en las tierras del Gran Kan, cuando tenga mis elefantes, mis trajes de perlas del cuello a los pies, mis tropas de moritos para servirme y todo lo demás que tú cuentas, sabré ser tan princesa que todos creerán que en mi vida no fui otra cosa. ¡Ay mi don Cristóbal! ¡Mi don visorrey!... ¡Cómo deseo ser tu mujer, como Dios manda, y que me lleves a los reinos de tu amigo! La pobre moza se mostraba igualmente transformada por el amor. El navegante la oía algunas mañanas cantando en la parte baja del mesón con una alegría de alondra. Queriendo ser partícipe de sus habilidades en el dibujo, le había pedido que le enseñase a trazar con la pluma una florecita, añadiendo ésta como una especie de adorno heráldico al garabato de su firma. —Esta flor eres tú—decía con ceceo andaluz al ensayar su nueva habilidad, trazándola sobre un papel. El la besaba, intentando con malignas intenciones retenerla largamente entre sus brazos; pero ella huía, y continuaban la conversación, algo separados, repitiéndose la misma escena poco después. En algunas ocasiones hablaba la muchacha con orgullo irónico y gracioso de su fortuna propia, en tierras y edificios. Sus padres, al morir, le habían dejado fuera de Córdoba, en el pueblo de Santa María de Trasierra, una huertecita, una casa con lagar y tinajas para el vino y una viña de cuatro aranzadas, propiedades que había arrendado por el precio de mil trescientos maravedises, lo suficiente para comer en el año unas pocas semanas nada más. De todos los propietarios de Córdoba, era ella indudablemente la más insignificante y pobre, la última. Además, por escritura pública, debía entregarla su arrendatario todos los años, el día de San Juan, «una canasta de manzanas, buenas de dar e de tomar, todo horro de diezmo». Esta renta de ridícula insignificancia había servido para que su tía, llamada Mayor Enríquez, se encargase de ella al quedar huérfana. Además, Antón Buenosvinos, por ser pariente del labriego de Trasierra, que le había arrendado sus pequeños campos, la consideraba como de su familia. —Un día vendréis allá conmigo, don Cristóbal—decía ceremoniosamente—, para que podáis daros cuenta de cómo son los Estados que vuestra esposa os llevará en dote al matrimonio. No son, ni con mucho, como los vuestros en el Catay o el Cipango, pero de todos modos, mejor será esto que tomarme por mujer sin más fortuna que la ropa puesta... ¡Ay! ¡Quita allá, marinero del demonio! No me toques. ¡Qué atrevimiento! Debería cortarte esas manos de obispo con las que dibujas tantas cosas de maravilla. Y así continuaban hablándose todos los días, hasta que llegó de Salamanca una

carta, que produjo en ambos desaliento y alegría a la vez. Necesitaban separarse inmediatamente. Los personajes de la corte amigos de Colón no habían olvidado los proyectos de éste y empezaban de nuevo a protegerlo. La carta era de fray Diego de Deza, el maestro del príncipe don Juan. Los reyes, después de poner orden en los asuntos de Galicia, estaban ahora en Salamanca, y Deza, como preceptor del príncipe heredero, había seguido a la corte. Este fraile, que amaba a Colón por su fervor religioso y las numerosas citas de la Escritura y los Santos Padres en que apoyaba sus planes cosmográficos, juzgó que debía aprovechar su permanencia en Salamanca para poner de nuevo a su protegido en relación con los reyes. Además, Salamanca era célebre por su Universidad y las escuelas anexas que existían en sus conventos. Lo que hablase en ella Colón, aunque fuera en reuniones particulares, obtendría algo del docto prestigio que acompañaba al nombre de dicha ciudad. Le envió Deza dinero para tal viaje y Beatriz quedó en Córdoba esperando la vuelta de su admirado proyectista. Esta ausencia podía durar varios meses. Volvería a Córdoba indudablemente con la corte, y como los medios de comunicación eran entonces escasos y difíciles, tal vez en dicho tiempo sólo se cruzasen entre los dos muy pocas cartas. Ella quedaba en relativa tranquilidad, libre de sus celos de mujer apasionada, sabiéndolo al lado del influyente padre Deza y rodeado de frailes doctos en el convento de San Esteban, que iba a servirle de alojamiento. Los dominicos de San Esteban, en Salamanca, eran muy aficionados a los estudios y mantenían en sus claustros una escuela, agregada a la Universidad. El padre Deza, futuro obispo de Palencia, varón de nobles intenciones y gran respeto para los que sabían más que él, consideraba a dichos frailes hombres doctísimos, y buscó que apoyasen a su protegido después de escucharle. Varios meses pasó Colón en el mencionado convento, llevando una vida de abundancia y de reflexiva paz, conversando con los monjes más instruidos de la casa y con algunos profesores de la Universidad, a los que atrajo la presencia de un extranjero tan interesante en sus charlas. En determinadas vacaciones, esta reunión privada se trasladó a la granja de Valcuevo, amena propiedad del convento situada a varias leguas de Salamanca. Nunca tuvieron tales conversaciones un carácter oficial ni intervino en ellas de modo directo la Universidad. Fueron pláticas amigables en torno a las teorías que explanaba Colón como fundamento de su viaje. Los muy conocedores de las matemáticas y la cosmografía hacían objeciones, justas o erróneas, de acuerdo con la ciencia de entonces. Las dudas del doctor Acosta se reproducían en algunos de ellos. Nadie discutía que la tierra fuese redonda: era esto una idea vieja admitida desde siglos antes por todos los hombres cultos en España y Portugal. Lo que no podían aceptar era la pequeñez que la suponía Colón, gracias a la cual esperaba encontrar las islas más avanzadas de Asia navegando unos centenares de leguas hacia el Oeste. Los más que le escuchaban, sabios en teología o letras clásicas, sentíanse interesados por los relatos del navegante como si oyesen la lectura de una novela prodigiosa. Estos eran los que mostraban mayor fe en sus afirmaciones. Pasando por alto la parte científica del proyecto, aceptaban todo el resto de él, cimentado en las Santas Escrituras y en interpretaciones de la voluntad divina por considerarse aquí en terreno propio. Colón apelaba al apoyo de Dios. El Señor no podía haber creado el mundo para dejar la mayor parte de él cubierto por los mares. Creer esto era una impiedad. En el globo terráqueo era enormemente mayor la parte sólida que la líquida. Sólo una séptima parte estaba, según él, ocupada por el Océano, y al disminuir de modo tan exagerado la extensión marítima resultaban lógicamente muy próximas las costas de la península ibérica y las de la provincia china de Mangui, último extremo de Asia, situado enfrente. Un viaje con buen viento y en época propicia bastaba para ir de una ribera a otra en varias semanas, deteniéndose antes en islas del Gran Kan, mucho más cercanas. Hablaba con la fe de un inspirado, halagando el españolismo de sus oyentes. —Debe cumplirse— afirmaba— todo lo que dijo Dios, el cual tan claro habló de aquellas tierras por boca del profeta Isaías en tantos lugares de su Escritura, afirmando que desde España será divulgado en ellos su santo nombre. Y para reforzar sus demostraciones aludía a la gran preocupación sentida entonces por toda la cristiandad: la reconquista de los Santos Lugares. —Jerusalén y el monte Sión han de ser reedificados por manos de cristianos. ¿Quién ha de ser? Dios, por boca de Isaías, lo dice en el decimocuarto salmo. De españoles ha de salir el que reedifique a Jerusalén. También el abad Joaquín, calabrés, dijo que saldrá de España el que reedifique la casa del monte Sión. Los oyentes conocían de nombre a Joaquín de Fiora, el místico italiano; pero los que por curiosidad buscaban el mencionado salmo de Isaías no lo encontraban de acuerdo con lo que había afirmado esta especie de profeta vagabundo. Poco importaba tal error. La fe con que hacía sus afirmaciones alejaba toda crítica. Se creía el designado por Isaías y por el abad Joaquín; era el hombre salido de España por la voluntad de Dios para llevar su palabra a tantos países alejados y opulentos que ignoraban su nombre. ¿Por qué no apoyarlo? La influencia personal de los dominicos de Salamanca y su docto prestigio, hábilmente manejado por el padre Deza, consiguieron que la reina Isabel volviese a pensar en Colón, aunque dejando su viaje para más adelante, cuando hubiese terminado la guerra de Granada y los gastos fuesen menos. Y como demostración de aprecio, empezó por incorporarlo a la corte como hombre que podía prestar futuros servicios, librando a su favor los tesoreros de los reyes cinco cartas de pago para sus gastos de viaje y su manutención. Siguiendo a la corte volvió a Córdoba, pero

ahora ya no le podían llamar «el hombre de la capa raída». Su situación aún continuaba siendo incierta. ¿Cuándo podrían los reyes dar fin a la guerra de Granada y ocuparse de sus planes?... De todos modos, el recibir ayudas metálicas del tesoro real lo elevaba a los ojos del vulgo, dándole cierta superioridad sobre los parásitos y pedigüños que seguían a esta corte militar en sus continuas andanzas por España. Beatriz y su familia se mostraron sensibles a este honor obtenido por el extranjero. Diego de Arana, primo de ella, hidalgo cordobés, gallardo de gestos y palabras, aficionado al manejo de la espada y a ejercer autoridad, entabló relaciones amistosas con el cortejante de Beatriz al verlo metido en la corte y con grandes amigos en ella, por si podía servirle de valedor en lo porvenir. El hermano, Pedro de Arana, también conoció a su futuro cuñado al venir por unos días a Córdoba. La campaña en este año de 1487 fue más marítima que terrestre. Los reyes habían sitiado a Málaga, ocupando casi todos los navíos, fustas y carabelas de su reino en el transporte de víveres y tropas o en la guarda de la parte del Mediterráneo vecina al Estrecho, para combatir las flotas africanas que intentaban auxiliar a los sitiados. Pedro de Arana, que sólo tenía dos años más que Beatriz, se creía llegado a la mayor gloria de su profesión. Los moros habían muerto en un combate al cómitre de la saetía en que él navegaba, y dicha embarcación iba a quedar bajo su mando. Parecía Beatriz otra mujer. Esta separación de cuatro meses había quebrantado la rigidez virtuosa que existía siempre en el fondo de sus más desenfadadas muestras de amor. Había temido en la posibilidad de no ver más a su enamorado, de que éste en su viaje se sintiese atraído por otra mujer, y tales miedos acabaron por hacer flaquear su resistencia. El notó una supeditación extraordinaria en sus palabras y sus actos. Se adormecía entre sus brazos con amorosa pasividad; había reemplazado con protestas blandas sus antiguas defensivas prontas y vigorosas. Y un día, como si los dos se fuesen deslizado sin resistencia por una pendiente suave, dejándose llevar por su propia gravitación, dejaron que el pecado carnal se saciase en ellos hasta la hartura, y el hombre de las profecías y de los descubrimientos conoció la varonil satisfacción de no poder ir más allá en sus deseos, contentándose en el porvenir con una simple repetición de su felicidad presente. A las pocas semanas sintió Beatriz el deseo, como todas las enamoradas, de tener una casa aparte, un refugio propio para sus dulces intimidades, aunque fuese extremadamente pobre. No podía sufrir las sonrisas de complicidad, las felicitaciones irónicas y los comentarios a sus espaldas de la mujer de Buenosvinos y las otras mozas de empleo permanente o de trabajo adventicio en el Mesón de los Tres Reyes Magos. Se fue a vivir con su hombre en una de las colaciones o parroquias más populares de Córdoba; en una casa propiedad de su tía Mayor Enríquez, que tenía igualmente otras inmediatas, todas ellas de un solo piso, hechas de adobes, con el alero muy bajo sobre la calle, pero enjalbegadas con cal de nítida blancura y el suelo de tierra apisonada siempre barrido y bien regado. Amuebló la joven las dos piezas—gracias a algunos préstamos logrados de su familia y sus amigas—con varios almabraques algo flácidos, por ser muy vieja la lana de su relleno, dos colchones de estopa y una alcatifa muy usada, puesta a los pies de una mesa antigua y carcomida, sobre la cual colocó el señor Cristóbal media docena de libros, varios papeles y sus cartas de navegar. Un baúl pintado y un arca blanca contenían las ropas de los dos. Como enseres domésticos contaban con un brasero de hierro, una artesa para el pan, varios calderetes y sartenes, una tinajuela para el agua, otra más pequeña para el aceite y dos candiles. En esta casa, que pertenecía a Beatriz, pasó el proyectista la mayor parte de sus cuatro últimos años de pobreza. La moza iba a ser madre, y como ya vivía públicamente con su amante, no sintió la necesidad de recatarse, ocultando el abultamiento propio de su estado. Aquellos tiempos eran de exagerada tolerancia en las relaciones sexuales, mientras no saliesen éstas de lo normal. Muchos hasta los creían de mayor virtud que medio siglo antes, cuando gobernaba Castilla el privado don Álvaro de Luna, y una imitación de los gustos propagados por los humanistas en Italia implantaba entre los señores de Castilla las invenciones contra natura, que habían hecho horriblemente famoso el nombre de una de las ciudades anonadadas por el fuego de Dios. No era extraordinario en Córdoba y otras poblaciones de Andalucía, frecuentadas continuamente por soldados con motivo de la guerra de Granada, que los hombres tuviesen una manceba aunque perteneciesen muchas veces al estado eclesiástico. El «tercer rey de España», o sea el cardenal Mendoza, había sostenido relaciones amorosas con bellas damas de la corte e iba públicamente rodeado de sus hijos. Los monarcas tenían que hacer públicos en Aragón y Castilla severos decretos para cortar escándalos en los conventos de mujeres y limitar el lujo que ostentaban las barraganas de los clérigos. A nadie podía llamar la atención que la mocita de los Enríquez Arana se hubiese ido a vivir con aquel extranjero que de tarde en tarde cobraba en la tesorería de los reyes, como ayuda de vida o de viajes, unos cuantos miles de maravedises. Todo esto no impidió que Mayor Enríquez, la cual empezaba a envejecer y sentía repentinos miedos por la salvación de su alma, protestase de la situación anormal de su sobrina. —Piensa que vivís en pecado mortal. Es preciso que el cura os dé la bendición. ¿Qué dice ese hombre? El hombre prometía a Beatriz un inmediato casamiento, para lo cual había pedido los papeles necesarios. Jamás pudo saber la cordobesa con certidumbre de dónde habían de venir dichos papeles, que nunca llegaron. También su hermano Bartolomé vivió en igual situación, amancebado con una mujer a la que amaba y de la

que tuvo un hijo. Nunca llegó a casarse con ella. Sin duda le faltaban igualmente los papeles necesarios. En Portugal le había sido más fácil al señor Cristóbal casarse varios años antes, cuando estaban adormecidos los odios religiosos y no escarbaban clérigos y escribanos en la documentación de cada individuo para conocer exactamente su origen. De todos modos, esta vida falsamente matrimonial la apreció Beatriz en sus dos primeros años como el período más dichoso de su oscura historia. Tuvo un hijo, que recibió el nombre de Hernando o Fernando por imposición de su padre. Mostraba gran devoción por el santo rey castellano que expulsó a los moros de Sevilla, y cuando necesitaba afirmar algo con un juramento supremo, decía siempre: «¡Por San Fernando!» Ya no se colocaban los dos, el uno junto al otro, trémulos de deseo, mientras el nauta dibujaba sus cartas de marear. Existía entre ellos la dulce placidez del cariño, más reposada y duradera que la arrebatada fiebre del amor. Él hablaba largamente durante sus horas de descanso, por una necesidad de descongestionar su imaginación exuberante. Beatriz, sentada en una sillita, con el henchido globo de uno de sus pechos al aire y agarrado a él su pequeño Hernández, le escuchaba con una expresión de arrobamiento, como si sus palabras fuesen la mejor de las músicas. ¡Había visto tanto en sus correrías por el mundo! Le contaba los episodios de su viaje a lo más septentrional de entonces, donde acaba el mundo entre nieves y huracanes fríos, que traen con ellos la muerte; tierra que llamaban la última Tule los poetas antiguos. En el invierno los días duraban breves horas. Los de su nao habían ido en verano a cargar mineral y el sol se mantenía siempre en el cielo. Por las llanuras cubiertas de una pelusa intensamente verde, que tenía la corta duración de una vida de flor, pasaban pequeños carros tirados por perros. Luego, dando un salto al otro extremo del mundo conocido en aquella época, describía sus navegaciones por la costa de Guinea, explicando cómo eran los reyes negros, con una lanza en su diestra, una cabellera lanuda en forma de bola y una concha marina cubriendo su bajo vientre, los cuales venían al buque a vender sus esclavos y su polvo de oro. Los ríos eran anchos como mares, no dejando ver su orilla opuesta; pero sucios, pestilentes, casi sólidos, arrastrando enormes bancos de hierba, pedazos de selva pútrida, de los que emergían los cocodrilos su acorazado lomo de sierra. En los mares de África había visto peces asombrosos por sus colores y sus reflejos metálicos. Algunas veces había tropezado con sirenas, y en su afán de observarlo todo, pudo verlas durante algunos minutos asomado a la proa de la nave. No eran tan hermosas como aseguraban los antiguos; más bien parecían tener en su cara cierta semejanza con el perro; pero muy ágiles de cuerpo, redondas y brillantes de carnes, nadando con graciosa agilidad. Se esforzaba por explicar a Beatriz el olor de las flores en las arboledas de la zona tórrida, allá donde los antiguos filósofos no creían que fuese posible la vida, por estar el suelo calcinado bajo el sol. Describía la abundancia animal en estas selvas tropicales enmarañadas, silenciosas durante las horas diurnas, llenas de rugidos, llantos animales, carreras medrosas o persecutorias y gemidos agónicos al cerrar la noche. Llevaba vistas sierpes enormes, del grueso de un cristiano, con el cuero de diversos colorines, enroscadas a los árboles, como lianas vivientes. Así debió ser el Maligno cuando tentó a nuestros padres en el Paraíso Terrenal. Recordaba el chillón revoloteo de las bandas de aves policromas y la agilidad con que marchaban por lo alto de la selva, saltando de rama en rama, unos simios semejantes al hombre por sus gestos y por la facilidad con que imitaban sus movimientos. Los enormes y feroces eran llamados por los marineros «gatos pañes», y los otros más vivarachos y alegres «gatos monillos» Luego los recuerdos de sus viajes le hacían pasar a la apreciación de los hombres. Guardaba mala memoria de los más de ellos. Todos habían sido ingratos con él o envidiosos. Beatriz, que conocía ya a fondo su carácter, sin perder virtud ni defecto, lo consideraba siempre predispuesto a la sospecha, a la manía de verse perseguido, creyendo además, por una exagerada apreciación de su persona, que nunca había recibido recompensas y honores correspondientes a sus merecimientos. Todos en su vida pasada se habían portado con él infamemente. Hasta un rey quiso engañarle, y repetía una vez más el viaje clandestino de la carabela portuguesa enviada al Oeste, mientras le tenían entretenido con pretextos en la corte de Lisboa. Como si viese de pronto una pequeña luz en las tinieblas de su pasado, mostraba algunas veces deseos de ser rico para recompensar a los pocos que habían sido buenos con él. Callaba sus nombres, y Beatriz no insistía por conocerlos. Sabía que era inútil querer traspasar el misterio que envolvía sus orígenes. Sólo en cierta ocasión habló de un judío viejo que años antes aún pedía limosna, sentado junto a la puerta de la judería de Lisboa. Cuando él hubiese llegado a las tierras del Gran Kan, pensaba enviar a dicho mendigo, si es que aún vivía, un saco repleto de oro. Estas horas de intimidad y charla tranquila entre los dos se cortaban muchas veces por las explosiones iracundas del navegante al ver que transcurría el tiempo sin conseguir la realización de su proyecto. ¿Nunca iba a terminar la guerra con los moros?... Cuando los reyes tomaron a Málaga, librando a centenares de cristianos que vivían esclavos dentro de ella, se trasladó Colón a dicha ciudad, asistiendo a las últimas operaciones de su asedio. Los monarcas le dieron audiencia en el campamento donde vivían. No era prudente instalarse dentro de Málaga. Durante el sitio, un fanático musulmán había penetrado hasta una de las tiendas reales, acuchillando a una dama y a un cortesano, convencido por sus lujosos trajes de que eran don Fernando y doña Isabel. La morisma vencida continuaba habitando la ciudad después que los vencedores habían clavado sus

banderas en las murallas. Granada seguía aún en poder de los reyes moros, pero el impaciente Colón creía llegado ya el momento de verse atendido. Se daba por contento con que le entregasen unos cuantos buques de la flota reunida para el asedio de Málaga y que iba a quedar sin empleo inmediato. Pero él necesitaba dinero además de embarcaciones, y los reyes españoles se veían faltos de él más que nunca. Durante el sitio de Málaga habían tenido que solicitar préstamos de todos los grandes señores de sus Estados. Además, en el campamento frente a Málaga estaba fray Hernando de Talavera, el antiguo prior del Prado, ahora obispo de Ávila, que había presidido la junta de Córdoba. Este personaje, recién llegado para solemnizar la toma de la ciudad, al pedirle consejo los reyes sobre las nuevas demandas de Colón, contestó lo mismo que antes. Ir a buscar por Occidente el oro y las especias que los portugueses buscaban por Oriente, siguiendo la costa de África, le parecía a Hernando de Talavera empresa de orden secundario. Significaba restar fuerzas a la gran empresa nacional, el vencimiento definitivo de los mahometanos. Debía preocuparles Boabdil, el rey de los moros granadinos, y no el Gran Kan. La conquista que necesitaban terminar era la de Granada, dejando para después el ir o no ir en busca de Quinsay y otras ciudades problemáticas, sólo vistas por ciertos viajeros inclinados a exageraciones y mentiras como los inventores de romances y cuentos. Volvió a Córdoba el proyectista, y tal fue su desaliento, que escribió al rey de Portugal don Juan Segundo, el mismo a quien tantas veces había acusado en sus conversaciones de engañador y falsario. Este monarca, tan hábil diplomático que llegó a engañar algunas veces en sus tratados al rey Fernando, el cual pasaba por ser el primero de su época, contestó con gran amabilidad al navegante fugitivo de su corte. Hasta le dio seguridades para que volviese, sin miedo a las reclamaciones de la justicia de su país, aludiendo sin duda con esto a las deudas que Colón había dejado en Lisboa. Tenía don Juan Segundo un interés inmediato en atraer a este hombre que se había formado en Portugal, asimilándose los conocimientos y secretos de sus pilotos y cosmógrafos para ofrecerlos luego a los reyes españoles, sus eternos rivales. Colón, que tanto había deseado esta respuesta, quedó perplejo al tenerla en sus manos. Temió verse otra vez en Lisboa y que le fuese más difícil huir de allá que la primera vez. Además, ¿emprender nuevas negociaciones!... ¿abandonar repentinamente todos los avances que había conseguido durante varios años en España! Don Fernando y doña Isabel no le habían negado jamás su auxilio; únicamente discutían la oportunidad de dárselo. Esperaban circunstancias más propicias; verse libres de guerras; reunir dinero propio. Examinaba mentalmente el poder y los recursos de las primeras naciones de la cristiandad. España era en aquellos momentos la de mayores recursos y la más fuerte. Ni Francia, ni Inglaterra, donde vivía su hermano Bartolomé gestionando inútilmente un auxilio para sus planes, podían compararse en riquezas y poder marítimo con esta España de los Reyes Católicos, que iba preparando sin saberlo la futura grandeza del dominador Carlos V. Cuando el despecho le impulsaba a marcharse de esta tierra, flaqueaba su ánimo viendo a Beatriz y a su pequeño. Tomaba a Hernandico en sus brazos, y esto le hacía olvidar sus propósitos de huir de España en busca de otras cortes menos ocupadas en guerras. Sentía además agrandarse su amor por aquella mujer que, siendo moza y muy buscada por los de su edad, había preferido al hombre de la capa raída, de los cabellos blancos, tenido por muchos como loco y sin la protección que la corte le había concedido luego. En días de pesimismo trasladaba a la vida de familia el enfado que le producían sus fracasos y desilusiones. Era en tales días cuando Beatriz se daba cuenta exacta de las proporciones de aquel mal carácter que ella había adivinado desde que empezaron sus amores. La diferencia de edad entre los dos impulsaba al señor Cristóbal a la sospecha y los celos. La creía enamorada de todos los mozos cordobeses de buen talle y espada al cinto que iban a la guerra o venían de ella, y al ver a Beatriz, conocida desde su infancia, la piropeaban con el gracejo y la libertad de su charla andaluza. Terminaban estos celos en ruidosas peleas, por mostrarse ella poco sufrida ante unas sospechas injuriosas para su honor. Casi siempre, la tía de Beatriz, con asombrosa inoportunidad, hacía intervenir sus escrúpulos en tales momentos de mutuo enfado. —¿Cuándo os casáis? Ya va para tres años que vivís en pecado mortal. Me avergüenza que una sobrina mía viva como barragana de un hombre que nadie sabe quién es. Dejándose llevar de repentina hostilidad, preguntaba Beatriz a su hombre por aquellos papeles necesarios para el matrimonio, que horas antes tenía olvidados. ¿Cuándo iban a llegar? ¿De qué país era él, verdaderamente?... Y en su cólera dudaba también de que fuera posible el viaje a las Indias, de las riquezas del Gran Kan y hasta de la existencia de dicho monarca. Todo mentiras, tapujos, misterios... lo mismo que su vida. Se reconciliaban finalmente, atraídos por las gracias infantiles de Hernandico, que empezaba a balbucear, y por el recuerdo de sus primeras intimidades, cuando él pintaba castillos, elefantes y camellos en lejanos países de leyenda o la enseñaba a trazar la florecita, adorno de su firma. Pero a continuación de cada uno de estos armisticios, los dos tenían la sensación de haber descendido un peldaño más por una doble escalera que iba separando gradualmente sus ramas. Habían vivido juntos y abrazados al final de ella; ahora a cada riña se veían más abajo, más alejados. De pronto, el hombre que tenía ir a Portugal por miedo a su rey, marchó allá voluntariamente, aprovechando las seguridades que éste le había enviado por escrito. Beatriz no pudo explicarse tal viaje. Lo creía al principio un pretexto para huir, abandonándola a ella y a

su hijo. Semanas después, cuando ya no lo esperaba, lo vio volver a su casita de Córdoba. Sospechó la joven que había ido a Lisboa por la muerte de su esposa. Siempre tuvo el presentimiento de que Felipa Muñiz vivía aún en Portugal, separada de su marido y guardando a Diego, el hijo único de un matrimonio de corta felicidad. Poco después de su regreso le confesó Colón que había traído a Diego, dejándolo en Sevilla en casa de unos amigos suyos. Más adelante, si Sus Altezas acababan por atenderle, traería su hijo a Córdoba. El viaje a Portugal sirvió para entristecerle y agriarle aún más. En la corte de Lisboa se habían negado a oírle a causa de las inauditas recompensas que reclamaba para él. Sintió además la mordedura de la envidia al ver los honores rendidos a Bartolomé Díaz, después de haber doblado el cabo de Buena Esperanza. Empezó a escribir frecuentemente al real campamento de Santa Fe, donde estaban los monarcas españoles sitiando a Granada, consiguiendo al fin que sus amigos residentes allá le hiciesen llamar, enviándole una cédula de cobro para sus gastos de viaje. La última capital de los moros españoles iba a entregarse. Su rey Boabdil, que había sido prisionero de los Reyes Católicos años antes, cuando guerreaba contra su padre y su tío, mantenía ocultas relaciones con sus antiguos aprehensores. Por su gusto, habría terminado la guerra mucho antes, sometiéndose a los monarcas cristianos, pero temía al fanatismo religioso y al entusiasmo nacionalista de su pueblo, más numeroso que nunca. Todos los musulmanes huidos de las poblaciones que lentamente había ido conquistando don Fernando estaban refugiados en Granada. Jamás dicha ciudad había contenido un vecindario tan enorme. Los alfaquíes y otros exaltados de carácter religioso eran también muchos, excitando el fanatismo de las muchedumbres granadinas, cada vez más hambrientas por las escaseces del sitio. Habían talado los cristianos la vega de Granada en los años anteriores, consumiéndose el excesivo aumento de sus habitantes cuantas reservas de víveres se guardaban. Todos los pueblos de la España cristiana iban enviando tropas a esta guerra, que era a modo de una cruzada final. La reina Isabel había instalado su corte en Santa Fe, frente a Granada, para demostrar que el cerco de dicha ciudad sería mantenido hasta conseguir el triunfo. Del centro de Europa llegaban caballeros para pelear bajo las órdenes del rey católico. Ya que los musulmanes se habían apoderado de Constantinopla, treinta y seis años antes, era preciso expulsarlos para siempre de este otro extremo de Europa. Hasta de Inglaterra venían nobles paladines, asombrando a la lujosa corte española con la riqueza de sus armaduras y de las vestas colocadas sobre ellas, con cuarteles heráldicos bordados, que se reproducían igualmente en las gualdrapas de sus corceles. Enviaba el soldán de Egipto una embajada amenazadora a los Reyes Católicos, encargando de tal misión a varios frailes que seguían viviendo en los Santos Lugares. Si los españoles no levantaban el sitio de Granada, dejando en paz a sus habitantes, él tomaría venganza pasando a cuchillo a todos los cristianos residentes en Palestina. Pero don Fernando y doña Isabel despreciaban tales amenazas, limitándose a socorrer a los frailes portadores del mensaje conminatorio. El olvidado Colón, que se aburría en el campamento frente a Granada, perdido entre la muchedumbre guerrera, conversó con estos frailes venidos de Oriente. La miseria en que vivían exaltó su fe, dándole nuevos argumentos para sostener la oportunidad y la urgencia de su proyecto. Con el oro que él traería seguramente de su primera visita al Gran Kan podía equiparse un ejército mayor que el del asedio de Granada, y eso que éste se componía de veinte mil caballos y cincuenta mil peones, muchedumbre militar nunca vista, cuya alimentación resultaba difícil en un país esquilado, consiguiéndolo los reyes con gran trabajo gracias al auxilio de los mercaderes judíos de España. Con el oro de Catay y de Cipango pagaría el visionario un ejército de más de cien mil hombres, expulsando a los infieles para siempre de Jerusalén y los Santos Lugares próximos. Pero nadie le escuchaba, ni aun sus amigos más resueltos. Era un disparate mencionar siquiera su plan en aquel momento decisivo. La nación estaba realizando los mayores sacrificios. Hasta en los últimos pueblos de España se hacían pregones para que los habitantes sostuviesen con sus donativos la guerra contra los infieles. «Cada veinte días pechaban las gentes», dice un cronista de la época hablando de las continuas contribuciones. Aun así, faltaba dinero en algunos momentos, y los reyes no sabían de dónde sacarlo. Don Fernando, por mediación de uno de sus secretarios, que penetraba audazmente en el interior de Granada disfrazado de musulmán, se mantenía en relaciones con Boabdil y sus consejeros. Estos habían acordado la rendición, pero no sabían cómo realizarla, temiendo el fanatismo religioso de sus propias gentes. Al fin, una noche las tropas cristianas se introducían ocultamente en la Alhambra con la anuencia de Boabdil, y el vecindario de Granada veía al amanecer, sobre las torres de la célebre fortaleza, los pendones de los Reyes Católicos, una bandera con la imagen de Cristo y la cruz de plata del cardenal Mendoza. Se instalaron los monarcas en la Alhambra, procurando no descender a la ciudad conquistada después del acto oficial de su entrega y de la sumisión de Boabdil. Era prudente no exponerse a una lucha de encrucijadas en la enorme Granada, rebullente como un hormiguero a causa de su excesivo vecindario. Había que dejar al tiempo la paulatina dominación de este pueblo enemigo que la victoria acababa de agregar a sus Estados. A los pocos días preferían volver a instalarse en sus casas de Santa Fe o en las lujosas tiendas del campamento. Era otro el modo de vivir de los vencedores que el de los reyes musulmanes que habían construido dicho palacio. Sentíanse desorientados los cristianos en sus salones

de alabastro alicatado, con inscripciones de oro a la gloria de Alá. Les affligían incomodidades propias de unas costumbres que no habían sido nunca las suyas. Al sentarse en siales y sillones traídos a la Alhambra, las ventanas quedaban más abajo del radio de su vista. Los arquitectos árabes las habían hecho a la altura de los reyes musulmanes sentados en el suelo sobre un cojín y de sus cortesanos hincados de rodillas ante ellos. Colón, que había esperado hasta entonces con inquieta paciencia, volvió a mostrar la misma actividad movediza que en los primeros tiempos de su llegada a Córdoba. Era el momento de que los reyes le cumpliesen su promesa. Santángel, Cabrero y otros familiares del rey aragonés consiguieron que éste olvidase momentáneamente las preocupaciones que le daba su reciente conquista, asistiendo a la conversación del navegante con la reina Isabel. Había llegado la ocasión de escuchar a aquel solicitante que llevaba siete años proponiendo la busca de las riquezas asiáticas por el camino de Occidente. ¿Qué mercedes deseaba a cambio de su trabajo? El rey don Fernando, que estaba acostumbrado a ocultar sus emociones como soldado y como diplomático, no pudo disimular su asombro al ir enterándose de las exigencias de este desconocido. El antiguo «hombre de la capa raída» reclamaba el título de Almirante del Océano, creado para él, con los mismos privilegios que se habían dado hasta entonces a los Almirantes de Castilla. Esto significaba pasar de un salto a ser el segundo personaje de España, colocándose por encima de casi toda la nobleza militar inferior. No satisfecho con ello, pedía ser virrey y gobernador a perpetuidad de cuantas tierras descubriese viajando hacia Occidente, libres de soberano o que él pudiera conquistar, transmitiendo dicho gobierno a sus hijos hasta los más remotos descendientes. Encima de tales honores debían concederle el tercio, el quinto y el octavo de todas las riquezas que él o los españoles que sirviesen a sus órdenes obtuvieran con sus «rescates» o comercios en las tierras descubiertas. Don Fernando juzgó inútil prestar más atención a unas exigencias que juzgaba disparatadas y casi insolentes. Con ellas, este hombre, incapaz de aportar un solo maravedí a su empresa, acabaría por ser el verdadero rey de los países que descubriese y además él y su familia recibirían como renta el cincuenta y tres por ciento de cuanto produjesen dichas tierras. El monarca aragonés, que había calculado todo esto mentalmente, juzgó más loco a Colón que cuando asombraba a las gentes en Córdoba, haciendo las primeras proposiciones de su plan. Doña Isabel, a pesar de la bondad con que había tratado siempre a este visionario, sonriendo complacida ante sus devotos planes de cristianizar toda el Asia e ir a la conquista de los Santos Lugares, le dejó partir silenciosa y fríamente, lo mismo que su esposo. Fue una despedida semejante a la de Portugal años antes. Era inútil hablar más con este hombre. Él, por su parte, con la rapidez de sentimientos propia de los grandes imaginativos, sintió odio a todo lo de aquella nación de la que había esperado tanto. Hasta volvieron a su memoria todos los motivos de disputa y de queja que había tenido durante su vida doméstica en Córdoba. No quiso pensar en Beatriz ni en su pequeño Hernando. Ya los vería más adelante, si los azares de su vida le permitían volver a España. Evitó el pasar por Córdoba durante este viaje, que era una fuga. Pensó de pronto en Francia, cuyo rey era el único al que no había importunado hasta entonces. Iría a buscarlo con la problemática esperanza de que aceptase aquellas condiciones que tanto habían escandalizado a los monarcas de Portugal y España. Antes de partir para Francia pasó por Sevilla, para recoger a su hijo Fernando y dejarlo en Huelva bajo la protección de una hermana de su esposa, que vivía en dicha ciudad, casada con un tal Muliarte, portugués de origen oscuro. Este viaje lo hizo a pie, sin dinero, con las ropas viejas y destrozadas. Nunca explicó Colón por qué causa, en vez de ir directamente a Huelva, torció su camino en Moguer, quedándose en la orilla izquierda del río Tinto, yendo al pueblo de Palos, y finalmente al convento de la Rábida, situado en un paraje desierto, cerca del mar, frente a la confluencia del citado río con el Odiel. Tal vez procedió así atraído por el hospedaje gratuito que podía ofrecerle dicho convento. En aquella época los conventos aún no estaban sometidos a la dura reforma que impuso luego como gobernante el cardenal Cisneros. La disciplina monástica se había relajado. Los reyes y sus cortesanos acostumbraban a instalarse en algún convento de las poblaciones donde no tenían palacio propio. Las otras gentes, al pasar temporadas en el campo, se alojaban en los monasterios, siempre emplazados entre agradables paisajes. Eran entonces los monasterios algo semejante a los hoteles y palaces de nuestros días. Por tradición daban en su atrio la limosna de una sopa popular a los mendigos y acogían gratuitamente en sus refectorios a los viajeros de alguna instrucción, pintores vagabundos, músicos, estudiantes pobres que corrían la tierra para observar, escuchando la comunidad sus noticias con el interés propio de hombres sedentarios y curiosos, viviendo siempre enclavados en el mismo lugar. Interesaba Colón con sus relatos al padre Juan Pérez, guardián del convento. Siempre había sentido predilección por la orden franciscana. En Córdoba y Sevilla le había protegido un franciscano, el padre Marchena, aficionado a los estudios astrológicos. El físico de Palos, Garci Hernández, médico joven, inclinado igualmente al estudio de los astros y las cosas del mar, era llamado por los frailes para que platicase con el extranjero. El proyectado viaje a las Indias por el Oeste deslumbraba a estas gentes que vivían junto al Océano, en continuo trato con marinos. De día conversaban con el extranjero, paseando por un pequeño claustro, amarillo de sol y rayado de negro por la sombra circular de las arcadas. Al cerrar la noche

continuaban las mismas pláticas en la llamada sala del guardián. La credulidad y la admiración de sus oyentes parecían resucitar su antigua fe en el desalentado viajero. Había sido el padre Juan Pérez durante algunos meses confesor de la reina doña Isabel, cuando ésta vivía en Sevilla, y ofreció su intervención al enterarse de que el interesante viajero se marchaba de España para ofrecer sus planes a otros monarcas, mostrándose indignado contra la corte española porque todos en ella se habían burlado de él y le «habían volado su palabra». Le rogó el padre guardián que permaneciese en el convento con su hijo, mientras él escribía a la reina. Sebastián Rodríguez, piloto del pueblo de Lepe, que iba al real de Santa Fe, se encargó de llevar la carta del fraile a la reina, y catorce días después llegaba la contestación. Doña Isabel, conmovida por las razones de este religioso, tan venerado por ella, le pedía que fuese a verla para hablar con más extensión del asunto. Pocas horas después, a medianoche, partía el padre Pérez de la Rábida montado en una mula que le prestó un labrador acomodado de Palos, Sánchez Cabezudo, hombre indocto y entusiasta que gustaba mucho de escuchar los planes de Colón. No tardó en notarse la presencia del fraile en la corte. Un vecino de Palos, cuyo nombre era Diego Prieto, y que había sido muchas veces alcalde del pueblo, trajo una breve carta de la reina ordenando a Colón que se presentase inmediatamente en la corte. La misiva iba acompañada de dos mil maravedises en florines de oro «para que se vistiese honestamente y mercase una bestezuela», que le evitaría hacer el viaje a pie. Otra vez volvió Colón a Granada, reanudando sus relaciones con los reyes; mas ahora tenía a su lado al fraile, guardián de la Rábida, modesto, dulce de palabras, pero tan incansable y tenaz como él. Contaba además con otros auxiliares igualmente poderosos, y que finalmente decidieron su éxito, los judíos «conversos» de la corte de Aragón, Luis de Santángel, Rafael Sánchez y otros consejeros íntimos de don Fernando, los cuales no habían abandonado nunca al señor Cristóbal, como si lo considerasen uno de los suyos. El monarca seguía teniendo por disparatadas las excesivas pretensiones de Colón. Ninguna corte de Europa podía aceptarlas. Representaban—en el caso de ser cumplidas—la creación de una monarquía al otro lado del Océano y más grande que todas las europeas, para que ocupase su trono un vagabundo que no poseía un maravedí. ¿Podía admitir un hombre de gobierno semejante despropósito? Sólo mujeres, frailes y otras gentes dadas al sentimentalismo, y poco enteradas de los negocios de Estado, eran capaces de apoyar dicho absurdo. Los judíos de su corte, a pesar de que eran hombres de negocios, participaban del mismo error. Dejaban de lado las pretensiones personales de Colón, para no ver más que la conveniencia mercantil de su viaje. A todos les cegaba la esperanza de obtener el oro a montones. El señor Cristóbal no hablaba de otra cosa. Era su avidez igual a la de los judíos, dados a la usura, a la de los antiguos lombardos, monopolizadores del comercio de Europa. Había sonreído Santángel muchas veces ante el entusiasmo de poeta con que este hombre hablaba del oro, y que le hacía decir impiedades enormes, no obstante su fervor religioso. —El oro es lo primero del mundo—había afirmado un día Colón hablando a la reina doña Isabel—, el oro todo lo domina, y tal es su poder, que hasta llega a sacar las almas del Purgatorio y las lleva al Paraíso. Con menos motivo la nueva Inquisición había encarcelado en los últimos años a muchas gentes. Santángel no desdeñaba el oro, pero creía más en las especias. Los otros veían flotas de carabelas volviendo de las tierras del Gran Kan para desembarcar en España montañas de áureos lingotes. El se imaginaba a su país convertido en depósito europeo de la canela, la pimienta, el clavo, el jengibre, la nuez moscada, artículos que ahora no nos inspiran interés, pues los encontramos en abundancia, pero que en aquella época simbolizaban el lujo en las mesas, se les atribuían misteriosas influencias saludables, y a causa de su escasez valían tanto como el oro. Don Fernando, aconsejado por su secretario Santángel, acabó por aceptar aquellas pretensiones del tenaz proyectista. No las juzgaba por esto menos locas. El tiempo se encargaría de hacer ver que cuanto más grande fuese el éxito obtenido, más irrealizables resultarían aquéllas. (Hay que imaginarse, dentro de nuestro criterio de hombres modernos, conocedores de la existencia de América, el absurdo espectáculo de una dinastía de Colones gobernando hereditariamente como reyes desde la mitad de los Estados Unidos hasta la Tierra del Fuego, enorme espacio que ocupan hoy más de veinte naciones, y llevándose la mitad de sus productos.) Don Fernando veía las cosas futuras mejor que todos sus allegados. Acabó su secretario por hacerle aceptar las pretensiones de Colón demostrando su inutilidad. ¿De qué podía apoderarse, si llegaba a las tierras del Gran Kan, con tres naos y un centenar de hombres?... El rey de los reyes había llegado a tener a sus órdenes en ciertas guerras más de un millón de combatientes, peones saeteros y jinetes tártaros. Sólo uno de los varios monarcas de la India, feudatario tal vez del Gran Kan, contaba, según le habían dicho el doctor Acosta y otros versados en las historias de allá, con seiscientos mil peones, treinta mil de a caballo y ocho mil elefantes. El señor Cristóbal se limitaría a establecer relaciones comerciales con el más poderoso de los monarcas, y cuando más, sería gobernador de algunas isllas del Asia que el otro no habría querido tomar por su insignificancia. Quedó convencido el rey por estas razones lógicas, pero otra vez surgió el conflicto entre el proyectista y los monarcas al tratar lo más inmediato de la expedición. Ya no se discutían honores. Don Fernando aceptaba que el futuro descubridor fuese almirante, visorrey y todos los demás cargos

solicitados por él. Ahora pedía dinero: lo que más preocupaba a estos reyes con sus arcas vacías y agobiados por deudas enormes después de una victoria que aún no había dado productos. De nuevo el señor Cristóbal, que era terco en su intransigencia e incapaz de concesiones y agradecimientos cuando se tocaba a sus ganancias, abandonó la corte, dando por terminado el asunto; pero antes de subir en su mulo, comprado en la Rábida con los dineros de la reina, tuvo buen cuidado de ir a despedirse de Luis de Santángel, enterándole de su fracaso. Conocía el gran interés que había inspirado al rico «converso» el futuro monopolio de la especiería asiática. Era el negocio que había engrandecido a Venecia en el curso de algunos siglos, haciendo de una pobre aldea lacustre del Adriático la primera potencia marítima de Europa. El secretario del rey de Aragón no se atrevió a importunar más a su monarca. Había agotado casi su paciencia en anteriores entrevistas para decidirlo a que aceptase los honores y altos cargos exigidos por Colón. Creyó más acertado correr en busca de la reina, que siempre le recibía con agrado, consultándole sobre joyas y telas ricas, por ser este antiguo mercader muy entendido en las elegancias de entonces. Una rama de los Santángel, después de su conversión al cristianismo, había pasado de Zaragoza a Calatayud, acabando por establecerse en Valencia, sintiéndose atraída, como muchos aragoneses, por el encanto del mar y las ricas vegas de la costa mediterránea. Más de una vez don Fernando, en momentos de apuro, había ido a la casa de los Santángel, en Calatayud, para pedirles un préstamo. Era una familia que por medio del comercio había llegado a los refinamientos del lujo y del arte, como los Médicis y otras dinastías de mercaderes en las repúblicas italianas. Luis de Santángel, caballero de Valencia y secretario del rey, se enorgullecía al recordar que uno de sus abuelos había sido embajador en Oriente. Todos los de su familia hablaban diversos idiomas. El estaba en extrema relación con los primeros Bancos de Europa, viéndose sostenido por ellos cuando lo necesitaban sus negocios. Doña Isabel, a pesar de sus preocupaciones religiosas, le trataba con agrado a causa de su cultura y su trato amable. Era para ella el más simpático de los judíos que manejaban la hacienda del reino de Aragón. Lo primero que hizo doña Isabel, siguiendo las indicaciones de Santángel, fue dar orden para que un mensajero real saliese a todo galope en busca de Colón, alcanzándolo en un lugar, a dos leguas de Granada, llamado Puente de los Pinos. Este llamamiento no le produjo sorpresa. Tenía la seguridad de que Santángel le haría volver. Mientras tanto, la reina hablaba a éste de la necesidad de encontrar dinero para dicho viaje. Sabía mejor que nadie el financiero aragonés la situación apurada del erario y de la misma doña Isabel. En otras ocasiones había contado ésta con el recurso de empeñar «las joyas de su recámara», con la condición de que los prestamistas se las dejaran por breves horas para lucirlas en las fiestas públicas. Ahora resultaba imposible acudir a tal remedio. Sus joyas estaban empeñadas hacía mucho tiempo, y era el mismo Santángel quien la había servido de intermediario en dicha operación con unos prestamistas de Valencia. Estos la habían entregado sumas importantes para la continuación de la guerra contra los moros, y tenían en custodia sus alhajas en el tesoro de la catedral de la mencionada ciudad. ¿Cómo obtener el cuento de maravedises que era necesario para el viaje en busca de las riquezas del Gran Kan? El «cristiano nuevo», que mostraba un interés semejante al de la reina, luego de pasar revista mentalmente a todos sus negocios particulares la tranquilizó con un gesto señorial de generosidad. El iba a hacer el préstamo, librando inmediatamente un cuento o millón de maravedises, tomado de un monopolio que poseía sobre ciertos impuestos de la ciudad de Valencia. Pero como en dicho asunto tenía asociados, le era imposible hacer el préstamo gratuitamente. Además, para este nieto de judíos, elegante y fastuoso en su vida privada, era inmoral dar dinero sin interés. Había que respetar las eternas reglas del comercio. Entre personas de bien, los negocios deben ser siempre negocios. No tenía el dinero en aquellos tiempos ningún tipo de interés legal. Se cobraban secretamente réditos de una usura inaudita. Y Santángel declaró que por favorecer tan gran empresa y servir a sus reyes cobraría solamente un interés de uno y medio por ciento.

Capítulo Sexto.- En el que el Almirante de la mar Océana huye del amor, y acoge con risas la herética y disparatada hipótesis de que pueda descubrir un mundo nuevo antes de llegar a las costas de Asia. Era ya bien entrada la mañana cuando Beatriz vio llegar a su pobre vivienda un chicuelo enviado por el dueño del mesón de Buenosvinos. Su hombre, el padre de Hernandico, había llegado la noche anterior con dos mancebos que le servían de criados. A juzgar por las palabras del enviado, venía con aspecto de personaje importante, y esto no hizo mas que afirmar ciertos rumores llegados hasta ella varias semanas antes sobre los grandes honores y ayudas en dinero que los reyes habían conferido a Colón. Lo lamentable era que, habiendo llegado el día anterior a la hora de la oración, esperase a la mañana siguiente para llamarla. Cuidó ante todo de lavar y vestir con ropas de fiesta a su hijo, que estaba sentado en el suelo, jugueteando con el gato de la casa y un perrillo de la vecindad. Sin oír sus llantos de protesta a causa de la precipitación en el fregoteo, le limpió la cara, insistiendo especialmente en la parte baja de la nariz para que no quedase en ella vestigio de ninguna costra, y metió con violencia sus tiernos brazos en las mangas de un juboncillo de seda que le había cosido días antes, utilizando un brial antiguo, regalo de una dama de la ciudad. Luego procedió a su propio arreglo, vistiéndose su falda dominguera, ahuecada por caderas artificiales, como era moda entonces. Cubrió

con un jubón sus brazos y su pecho, sonrosados por las abluciones recientes, se retocó ojos y boca con sombras y coloretos que su coquetería femenil le hacía buscar para días extraordinarios en los tenduchos de los perfumistas moros, y colocándose sobre la rubia cabellera una mantilla azul con galón de plata., dio la mano a su pequeño, y llevándolo casi en alto, salió de la casa, cerrando la puerta. Sentía emoción por la inesperada presencia de su amante. Hacía mucho tiempo que no había recibido de él noticias directas. Algunos, con el caritativo deseo de molestarla, y otros, deseosos de reemplazar al ausente, le habían hecho saber la huida de Colón, menospreciado por los reyes, dando por seguro su viaje a Francia. Beatriz se había resignado a no verle más. Luego las gentes volvían a hablar de él, afirmando que estaba otra vez en Santa Fe, junto a Granada, y ahora le avisaban de pronto, desde el mesón donde se habían conocido, la llegada de él con todo el aparato de un señor rico que vuelve de la corte. Se inquietó al pensar cómo la recibiría. Dudó unos momentos de sí misma, suponiendo que el navegante podía encontrarla aviejada, vulgar, sin interés alguno, después de este rápido cambio de fortuna. Luego sonrió con los ojos y la comisura de sus labios, mientras seguía marchando hacia el mesón. Los hombres le demostraban todos los días con palabras y ojeadas que aún no había llegado el momento de su decadencia. La condición más sobresaliente de su hermosura era no haber cumplido los veinticuatro años, y esta juventud rozagante, graciosamente amplificadas por la maternidad, le daba la atracción, el sabor y los colores de un hermoso fruto estival. Salió a su encuentro Buenosvinos en la puerta del mesón, y desde sus primeras palabras, notó ella que había ganado mucho en el aprecio de este hombre desde la última vez que se vieron. Reconocía sin duda reflejada en su persona algo de la importancia que Sus Altezas acababan de dar al personaje alojado en la mejor habitación de su casa. Se mostraba agradecido al antiguo «hombre de la capa raída» por no haber olvidado su mesón, dándose el vanidoso placer de ocupar la gran sala del primer piso, admirada en sus tiempos de miseria como un lugar inaccesible, en el que sólo podían instalarse canónigos forasteros, mercaderes importantes y otros personajes no menos ricos que pasaban por Córdoba. Los reyes le habían dado una cédula para que los alcaldes lo alojasen en todos los pueblos gratuitamente, proporcionándole además los comestibles al precio ordinario; pero él prefería instalarse con sus dos pajes, y pagando, en el mismo mesón de sus tiempos de pobreza. Buenosvinos le llamaba don Cristóbal, y creyó del caso hacer saber a Beatriz que nadie debía llamarlo de otro modo, ni aun aquellos que tuviesen con él una gran intimidad familiar. Sus Altezas habían ordenado que pudiera llamarse «don», y era preciso obedecerles. Otras cosas le habían concedido también: entre ellas el alto gobierno en aquellas tierras lejanísimas de las que iba a traer barcos llenos de oro. Pero Buenosvinos procuraba no insistir en esto. Ya no se atrevía a hablar en tono de broma del viaje a las tierras del Gran Kan que varios años antes era para él motivo de alegre conversación. Temía que el poderoso navegante recordase sus burlonas promesas de acompañarle y lo obligara a ello valiéndose de los papeles que le habían dado los reyes para hacerse obedecer. Arriba, en la gran sala pintada de cal, con dos tapices de figuras, un crucifijo clavado en la pared, varios sillones de cuero cordobés y una cama con cortinajes de tela morisca, encontró ella a su amante, sintiendo en el primer momento cierta extrañeza. Parecía otro hombre: más aviejado, con la cabellera ya totalmente blanca, pero de mayor estatura, tal vez porque se mantenía siempre erguido, sin el encorvamiento de espaldas de la época en que pasaba horas y horas en la mesa leyendo o dibujando. Sus gestos eran ahora aseñorados, algo imperiosos, como si en adelante no pudiera hablar más que para verse obedecido por los que le rodeaban. La joven notó inmediatamente lo flamante de sus ropas. Iba vestido como un magnate de la corte, con zapatos de rico cuero cordobés, calzas de lana finísima y sayo bordado. Llevaba ahora al cinto la espada hasta por dentro del mesón. Era un capitán del rey. Sobre su pecho vio un collar, una doble sarta de cuentas de ámbar. Siempre le había oído ella desear este adorno costoso, por su afición a los perfumes, lamentando que su pobreza le privase de tal regalo. Apenas había recibido algún dinero en la corte, como adelanto de la cantidad que Santángel iba a poner a su disposición en la casa de Pinelo, su socio en Sevilla, se apresuraba a satisfacer este capricho en el adorno de su persona. Así no tendría más que inclinar la cabeza en sus horas de navegación, cuando le molestasen los hedores del amontonamiento humano en una nave exigua, para sentir acariciado inmediatamente su olfato por el perfume inextinguible de su collar. Después de este examen, que sólo había durado breves momentos, Beatriz lo abrazó apasionadamente, besándole en las mejillas, sin poder encontrar su boca. El devolvió reposadamente tales caricias, sobreponiéndose, tras breve vacilación, al despertar de sus sentidos. Pareció olvidar a Beatriz, para ocuparse únicamente de su hijo, que se había agarrado a la saya maternal. Lo tomó en brazos, admirándolo, como si en los meses que no lo veía se hubiese transformado considerablemente. Era que ahora contemplaba a su hijo en una situación más eminente. Ya no era este arrapiezo el Hernandico que él había visto gatear sobre el suelo de tierra endurecida, en una casucha de una colación de Córdoba, solamente habitada por gentes populares. Si él volvía triunfante de su viaje, Fernando se llamaría «don», como su padre, y nadie era capaz de saber hasta dónde llegarían los honores y las riquezas que iba a gozar antes de haber salido de su adolescencia. Se habían sentado los padres en dos sillones de cuero, y don Cristóbal conservaba

sobre sus rodillas a Hernandico, mirándolo fijamente. El pequeñuelo, impresionado por las ricas vestiduras, el collar oloroso y la espada con puño rutilante de aquel hombre que él había visto siempre en su casa vestido de obscuro, modesto y triste, le miró tímidamente, con silencioso respeto. También la madre permanecía en silencio, algo atemorizada por la expresión de superioridad orgullosa que había notado en su amante. Era un gesto que parecía enfriar en torno de él toda iniciativa afectuosa. Haciendo un esfuerzo de voluntad, se atrevió Beatriz a tender sus manos, buscando las de su hombre. —¡Oh, Cristóbal! Siempre había tenido fe en su destino. No dudó nunca de que un día u otro los hombres acabarían por concederle la misma admiración que ella había sentido al verle desconocido de todos, perdida la esperanza y llorando. Dijo esto Beatriz con una ternura sincera, pero su voz pareció cortarse bajo el gesto imperioso del que la escuchaba. Aquel hombre habló a su vez como si fuese para ella un desconocido. No la olvidaría nunca, era la madre de su hijo, pero resultaba inútil querer despertar el pasado. El estaba lejos ya de su juventud, y otras empresas le aconsejaban olvidar para siempre las frivolidades placenteras que algunos llaman amor. Eso quedaba para los mozos. Además, debía mantenerse en un estado de pureza, en un «estado de gracia», para el gran trabajo que iba a emprender. —¡Dios me ha elegido—continuó—para que lleve su palabra a tantos y tantos pueblos de Asia que la esperan hace siglos, al otro lado de la mar Océana. Debían olvidar sus devaneos de antes. Todo su pensamiento y sus fuerzas necesitaba concentrarlos en la empresa que al fin le habían encomendado. Tendría que realizarla con el auxilio de los hombres, siempre imperfectos, predispuestos al error, y le era necesario pensar únicamente en ello. Y como una manifestación de este apartamiento necesario de las mujeres, pareció olvidar por algún tiempo a Beatriz, fijando los ojos en su pequeño. —¡Quién sabe lo que llegarás a ser al otro lado del mar! —dijo con voz lenta y sorda, como si repitiese inconscientemente sus pensamientos más secretos—. Tal vez algún día ciñas corona de rey en tierras más grandes que España. Otros lo consiguieron con menos motivo. Luego, como si se arrepintiese de su jactancia, dándose cuenta de las dificultades que aún le quedaban por vencer, bajó al pequeñuelo de sus rodillas, dejando que fuera a buscar el refugio de las sayas de su madre. Conversaron los dos más de una hora tranquilamente, como si Beatriz fuese una dama poco conocida que hubiera venido a visitarle. Con la vivacidad de su imaginación, cambiante y ágil para abarcar el nuevo aspecto de las cosas, le habló de los grandes trabajos que debía realizar inmediatamente. Los reyes le apoyaban con dinero y con decretos, pero esto no era bastante; tenía que buscar barcos, tripulaciones, pilotos hábiles que le secundasen. Se había detenido en Córdoba sólo por ella y por su hijo, partiendo para Sevilla a la mañana siguiente. Este rodeo en su camino era para besar a Hernandico, quién sabe si por última vez, y para hablar con ella sobre su porvenir y el de su hijo. Tenía fe en Dios, que le volvería sano de su audaz viaje. Contaba además con otras seguridades que nunca había querido mostrar a los hombres. Guardaba en secreto papeles y revelaciones que le infundían la certeza de no errar el rumbo, perdiéndose en las soledades del Océano. Pero el que avanza un pie sobre un navío avanza el otro sobre su tumba. Bien podía ser que se vieses ahora por última vez. —¡Oh, Cristóbal!—volvió a decir Beatriz. Y fue hacia él para abrazarlo, pero ahora con lágrimas en los ojos, mojando con ellas las mejillas del navegante; y así permanecieron largo rato en casto y triste abrazo, mientras el pequeño los contemplaba con ojos absortos. Don Cristóbal, después de alejar suavemente este cuerpo tentador para que volviese a ocupar su sillón, continuó hablando. Le pesaba arrostrar un riesgo tan enorme sin haber legalizado antes la situación de ambos, como Dios manda. Pero ya era tarde. El sólo podía pensar en barcos y en hombres. A la vuelta... ¡tal vez! De todos modos, aunque el matrimonio no se realizase, ella sería rica, muy rica, y su hijo un príncipe poderoso. Los tesoros que iba a traer de su viaje sólo podían ser comparados con los del rey Alejandro, único predecesor suyo, por haber ido, siguiendo el Oriente, a las ricas Indias que él iba a buscar por el camino de Occidente. —Que a Dios le pluga protegerme—continuó—, y las riquezas del rey Alejandro serán cosa baladí comparadas con las que yo traiga a Sus Altezas. Ya no habló mas que de los esplendores futuros de su vida, cuando hubiese descubierto el camino oceánico de Asia, olvidando sus preocupaciones de poco antes. Comió con Beatriz y su hijo en la misma sala, servido por las gentes de la casa. De los dos pajes que había tomado en el camino de Granada a Córdoba, Lucero, el más endeble, estaba acostado en un camaranchón con los pies entrapajados y doloridos a consecuencia de su larga caminata, y Fernando andaba por la ciudad con el acemilero para comprar la besteza en que debían ir montados ambos mancebos hasta Sevilla y las costas del condado de Niebla. Después de haber comido, dejó don Cristóbal a su familia en el mesón. No quería marcharse de la ciudad sin hacer una visita al doctor Gabriel de Acosta. Anunció a Beatriz durante la comida su propósito de enviar a Córdoba a su hijo mayor, Diego, que había dejado en el convento de la Rábida. Esperaba que ella lo tratase lo mismo que a su hijo. Los dos eran hermanos. Debía enviarlos a la escuela mientras él estaba en el mar. Encargaría a sus amigos de Córdoba que se interesasen por los dos niños y la ayudasen a ella, siendo el doctor Acosta quien mejor podía atenderla. Había tenido discusiones con el célebre físico, y seguía considerándolo sumido en grandes errores a causa de excesivas lecturas, pero esto no impedía que lo tuviese por hombre de bien y muy útil para el presente caso. También se fingió a sí

mismo una precisión de verle, ahora que estaba en el camino de la fortuna, para que el doctor no lo creyese ingrato ni orgulloso, dando al olvido la bondad con que le había tratado en los primeros tiempos de su vida en Córdoba. Mas otro era, en verdad, el deseo de aquel carácter complejo, en el que se mezclaban virtudes y defectos, imperando sobre tal amasijo espiritual un orgullo rencoroso incapaz de olvidar generosamente una suspicacia, una vanidad, que le hacían sospechar traiciones y envidias en todos los que osaban discutir sus afirmaciones. Acosta había sido el que con mayor fundamento científico había combatido su proyecto en la junta de Córdoba. Era oportuno hacerle una visita y que le viese en su nuevo aspecto, luego de haber firmado sus capitulaciones con los reyes. Precisamente, el célebre físico pensaba en él desde la noche anterior, después que su esposa doña Mencía le anunció que el antiguo mercader de libros de estampa había llegado hecho un personaje al Mesón de los Tres Reyes Magos. Durante la mañana habló con algunos cordobeses que conocían las últimas noticias de la corte. Todos estaban enterados de las capitulaciones que había hecho con los monarcas «el hombre de la capa raída», que ahora se llamaba por orden real don Cristóbal. Eran él y el padre Juan Pérez quienes habían escrito las capitulaciones, no haciendo los reyes otra cosa que aceptarlas por medio de su escribano Juan Coloma, el cual, al pie de cada uno de los párrafos, iba colocando esta inscripción: «Así place a Sus Altezas.» Cuando Acosta fue enterándose de lo que habían concedido a este proyectista, sintió una extrañeza semejante a la de don Fernando el día en que Colón le expuso por primera vez sus pretensiones. Luego sonrió pensando que si en realidad conseguía llegar por el Oeste a las tierras famosas del Gran Kan, la mayor parte de los derechos enormes que él se atribuía resaltarían inaplicables. ¿Cómo iba a ser gobernador y virrey de Cipango y Catay, tierras casi tan vastas como Europa? El «rey de los reyes» contaba con inmensos ejércitos, tropas de elefantes de guerra, flotas de miles de buques, cuyas velas eran de fibras tejidas, llevando dragones de oro en sus proas y otros adornos semejantes a los delirios de la heráldica. ¿Qué podían hacer dos o tres carabelas tripuladas por unas docenas de cristianos, si es que conseguían llegar a las lejanísimas costas de Asia, casi desvinculadas por una navegación tres veces mayor de lo que suponía aquel visionario? Su viaje no podía ser otra cosa que el de un simple embajador vuelto de allá—si es que podía volver—, con unos cuantos presentes diplomáticos de oriental riqueza; pero nada de conquistas en los archipiélagos avanzados del Oriente asiático, ni en la llamada tierra firme. Cuando el célebre físico oyó a media tarde que don Cristóbal estaba en la cancela de su casa y pedía verle, salió a su encuentro con los brazos abiertos, llevándolo hasta su vasta pieza de los libros. Celebraba de buena fe la ascensión social de aquel navegante al que había conocido tan pobre. Apreció con una dulce ironía de hombre sedentario, aficionado a los estudios y enemigo instintivo de las armas, el aspecto de capitán que había vuelto a tomar el misterioso mercader de libros, al que había supuesto siempre terribles aventuras en su juventud. Lo que él no podía admitir era su proyecto, por juzgarlo caprichoso y anticientífico, obra jactanciosa de un hombre de precipitados estudios que se imaginaba haber aprendido casi instantáneamente lo que requiere para otros toda una vida de lecturas. Después de hablar de sus dos hijos, rogando al doctor que se interesase por ellos durante su viaje, siguió expresándose el recién llegado con una modestia falsa y un tanto agresiva, que hizo sospechar a Acosta el verdadero motivo de su visita. Venía en realidad para vengarse, haciéndole conocer su triunfo directamente. Y dando de lado a las prolongadas fórmulas con que iba expresando su agradecimiento por el futuro cuidado de sus hijos, dijo de pronto: —Sabrá vuesa merced, señor doctor, cómo Sus Altezas los cristianísimos y muy poderosos rey y reina de las Españas, informados por mí de las tierras de la India y del príncipe que es llamado Gran Kan, que quiere decir en nuestro romance, como vuesa merced sabe, «rey de los reyes», según muchas veces éste y sus antecesores enviaron a Roma a pedir doctores en nuestra santa fe, porque le enseñasen en ella, y nunca el Santo Padre pudo proveerlo, perdiéndose tantos pueblos que creen en idolatrías y sectas de perdición. Sus Altezas, como príncipes amadores de la santa fe cristiana y acrecentadores de ella, han pensado de enviarme a mí, Cristóbal Colón, a las dichas partidas de indias, para ver los dichos príncipes y los pueblos y tierras, y la disposición de ellas, y de todo, y la manera que se pueda tener para la conversión a nuestra santa fe. Gabriel de Acosta sabía todo esto y acogió tal exordio en silencio. Colón prosiguió hablando: —Y siguiendo las órdenes de Sus Altezas, no voy por tierra al Oriente, por donde es costumbre de andar; seguiré el camino de Occidente, por donde hasta hoy no sé por fe cierta que haya pasado nadie. Me mandan Sus Altezas con armada suficiente para que vaya a las dichas partidas de Indias, y me hacen para ello grandes mercedes y me han ennoblecido para que dende en adelante me llame Don, y cuando llegue allá sea almirante mayor de la mar Océana e visorrey e gobernador perpetuo de todas las islas y tierras firmes que yo descubra y gane, y de todas las que descubran y ganen en la mar Océana los que estén a mis órdenes, y en este poder me sucederá mi hijo mayor, y así de grado en grado para siempre jamás. El doctor le contestó mesuradamente, pero con cierto brillo irónico en los ojos, felicitándole por tantos honores, de los que ya había tenido alguna noticia. —Lo temible es que vuesa merced la yerre, don Cristóbal, y que navegue y navegue en el mar, sin llegar nunca a las costas del Gran Kan, que están más lejanas de lo que se imagina y dice. El futuro almirante se

ensoberbeció un poco al escuchar una vez más las objeciones del doctor, a las que atribuía su falta de éxito ante la junta celebrada en Córdoba. Empezaron los dos a discutir, como varios años antes, cuando don Cristóbal era simple mercader de libros. Ahora le parecía insolencia que este físico osase insistir en sus teorías, después que sus capitulaciones en Santa Fe con los reyes habían hecho de él un futuro señor de la mar Océana. Le indignó ver cómo el doctor miraba sus armarios enrejados, llenos de volúmenes impresos y de manuscritos, mientras hacía alusión a sus mediocres estudios. Don Cristóbal, según él, conocía algo las cartas de navegar, pero muy poco los libros. En realidad, sus lecturas se limitaban a la enciclopedia del cardenal Pedro de Aliaco y a los viajes de Marco Polo y Mandeville. Dudaba de que hubiese leído a Ptolomeo, a Eratóstenes, a los poetas latinos y los geógrafos árabes, que mencionaba muchas veces. Eran simples citas del consabido libro de Aliaco. El estudioso físico dijo esto con bondadosa sonrisa, pero en el fondo de su pensamiento sentíase irritado por el tono de este jactancioso, que ya se consideraba triunfante. Colón, por su parte, se sintió indignado, hasta el punto de perder el aire de misterio y la parquedad verbal que había mostrado siempre, cuando le pedían mayores aclaraciones de su plan. Acosta afirmó que necesitaría una navegación de más de dos mil quinientas leguas para llegar a la costa asiática por el Oeste. Otra vez le dijo que se equivocaba en varios miles de millas al calcular el volumen de la esfera terrestre, empuqueñeciéndola de un modo absurdo. El navegante, que había perdido completamente su voz reposada y sus ademanes solemnes, contestó irritado: —Encontraré tierra a las setecientas leguas de rumbo al Oeste. Sé bien lo que digo y no puedo decir más. Otros lo han visto con sus ojos... otros que ya no viven... Calló como si su prudencia habitual acabase de despertar. Hubo un largo silencio. Acosta miraba a su visitante, pero con ojos abstraídos, como si estuviese reflexionando. Las últimas palabras habían despertado en él lejanísimos recuerdos. Lo que admiraba más en este hombre era su tenacidad, su fe inquebrantable. Tenía la fuerza de todo soñador que sólo tiene un ensueño único, siempre el mismo, y concentra en su realización la vida entera, sin malgastarla en otras cosas. Era semejante a la luz de un faro fijo, siempre enfocada en el mismo punto, sin esparcirla en distintas y movedizas direcciones. Algunas veces, asombrado de esta energía, sin pruebas, de sus afirmaciones rotundas sin ninguna demostración, había pensado que acaso detrás de todo esto existía una verdad guardada en secreto, algo que sabía y no juzgaba conveniente revelar. Sus últimas palabras, que tal vez equivalían a una imprudencia para él, las respondió a Acosta con la sencillez de un sabio que acepta la posibilidad de todas las sorpresas guardadas por lo desconocido, pero subordinándolas a ideas firmes que ya fueron demostradas por la experiencia. —Si vuesa merced está seguro de encontrar tierras aunque sea a mil leguas o a mil quinientas, seguramente no serán las del Gran Kan... Serán (¡y Dios me perdone la suposición!) algún mundo nuevo que no conocemos, algo que existe desde los primeros días de la creación divina, y que nosotros, pobres pecadores, hemos ignorado siempre. Sonrió el doctor de su propia hipótesis, tan aventurada le parecía. Colón rió más ruidosamente de la suposición inventada por su interlocutor, únicamente para no reconocer que él iba a llegar en menos de mil leguas a Catay y a Cipango. Luego miraron instintivamente en torno de ellos, como si temiesen haber sido oídos. ¡Un mundo enteramente nuevo, ignorado por los cristianos, y del que no se decía una palabra en los libros santos, revelados por Dios!... Tan herética y loca les parecía a ambos esta paradoja, que la risa diluyó la acidez de su disputa, y acabaron por hablar amigablemente de los preparativos que Colón debía hacer para su viaje. (*university of texas el paso majors*).

Audiolibro En Busca Del Gran Kan V Blasco Ib Ez Primera

Parte Cap Tulos Iv V Vi

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>